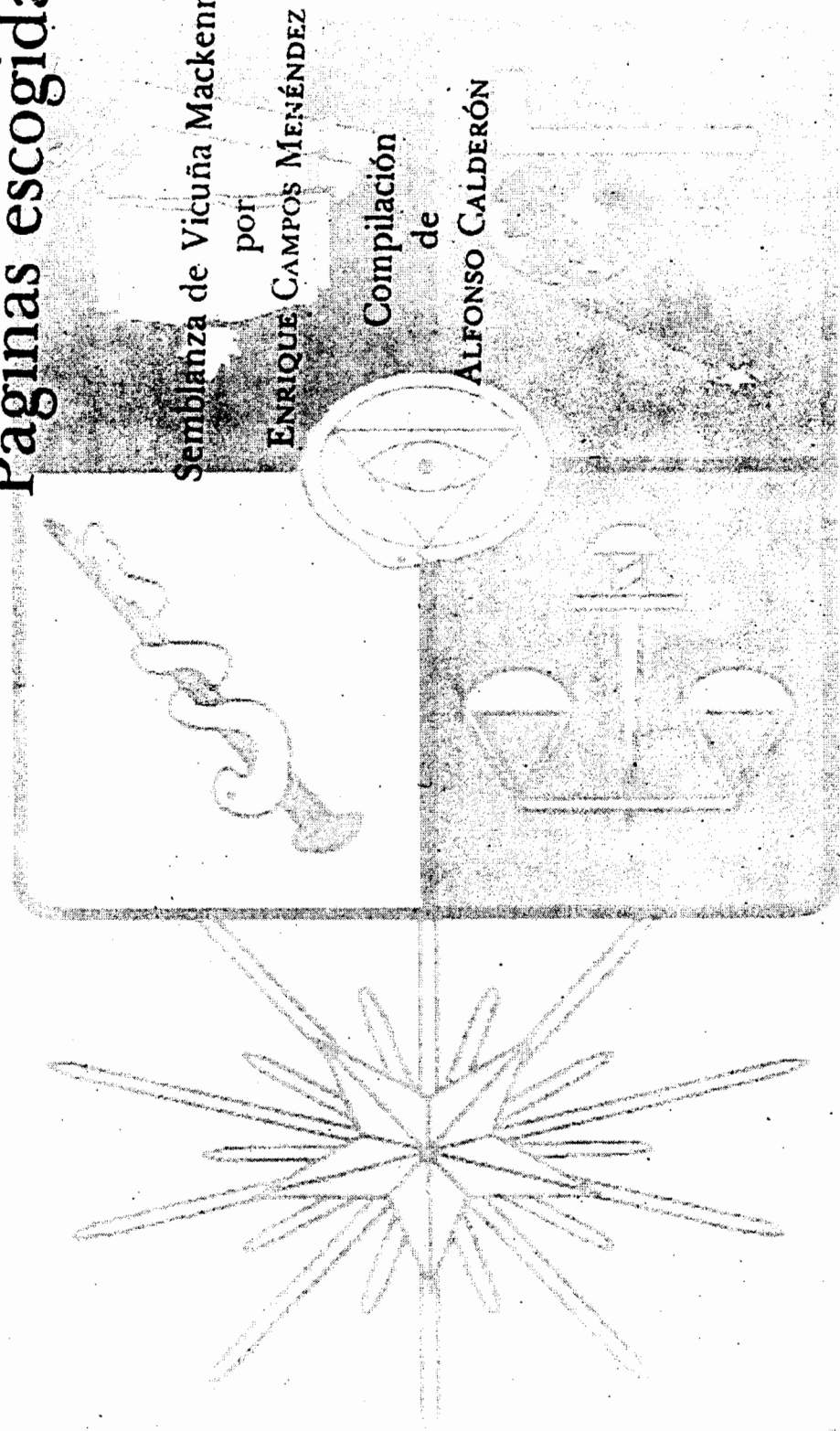


# BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

## Páginas escogidas

Semblanza de Vicuña Mackenna  
por  
ENRIQUE CAMPOS MENÉNDEZ

Compilación  
de  
ALFONSO CALDERÓN



EDITORIAL UNIVERSITARIA

## DEL ORIGEN DEL NOMBRE DE CHILE\*

«El origen del nombre de Chile, así como la procedencia de sus primitivos pobladores, se ocultan en los misterios de los países lejanos, y ya ninguna conjetura bastará a explicarlas satisfactoriamente». —(ASTABURUAGA, Diccionario Geográfico de Chile, pág. 108).

«Cuando llegaron los primeros españoles a nuestra costa preguntando por el nombre del país a un indio, les contestó éste Berú; luego mirando al río dijo Pelú y riñendo después a los extranjeros el interior del país, Pirú; que entonces los dichos españoles respondieron: «¡Acabemos! por aquí todo es Perú». De esta ocurrencia graciosa vino el nombre que actualmente tiene nuestro país». —(PAZ SOLDÁN, Geografía del Perú, Vol. I, pág. xxviii).

«Y dando orden de pasar a aquella parte, fueron algunos a ver la disposición de la tierra; y el primero que salió en ella fue Sancho del Campo, el cual, vista la pureza de aquel temple y su calidat y frescura, dijo: «Qué Buenos Aires son los de este suelo; de donde se le ha quedado el nombre». —(RUY DÍAZ DE GUZMÁN, La Argentina, pág. 36).

«Te hacemos saber que lejos de nuestra Tierra, entre el Sur y el Poniente está un gran Reyno llamado Chili poblado de mucha Gente». —(GARCILASO DE LA VEGA, Comentarios Reales, parte I, pág. 164).

## I

Encubre los orígenes de todo lo que rodea al hombre un velo misterioso que desde la cuna al sepulcro nos afanamos en descorrer. El niño, el sacerdote, el sabio esclarecido, el burdo labriego, pagan su tributo de empeño y curiosidad a ese sentimiento innato, que es la cuna verdadera de la sabiduría y de la historia. En

dondequiera que encontramos a uno de nuestros semejantes, en un viaje, en el paseo, en el asiento de un tren, en la puerta del templo, en el recinto del hogar, el primer impulso a que obedecemos casi instantáneamente, es el de la investigación de su nombre, su procedencia, su condición. Análoga y aún más viva curiosidad nos mueve cuando se trata de las colectividades humanas que se llaman países, o cuando hacemos simplemente memoria de un valle, de un desierto, de una roca. Hombres verdaderamente ilustres ha habido en nuestro siglo que han consagrado toda su noble vida y aun han hecho generoso y sublime holocausto de ella, como Mungo Park en el Níger, y Livingstone en el Nilo, para descubrir el origen de un río, que ha sido y es hasta el presente un doble secreto de la historia y de la geografía.

## II

Obedeciendo a ese impulso común e irresistible, iniciamos nosotros esta serie de ensayos sobre nuestro país, en este breve estudio relativo al origen verdadero de su nombre; cuestión que hasta aquí ha sido tratada sólo bajo el punto de vista de la fábula o de la poesía.

Desechamos, en consecuencia, desde luego, como una simple invención de la fantasía del vulgo, la conseja acogida por el crédulo Molina y otros cronistas, que atribuyen la derivación del nombre de «Chile» a la articulación casual de un humilde pajarillo de nuestra zona —el *tril*— que ni siquiera modula su insípido canto con ese sonido. Por otra parte, el chillido gutural propio de la organización anatómica de la estrecha laringe de las aves y de su acerado pico, sonido que podía remedar con alguna propiedad el nombre peculiar de nuestro suelo, es común en ciertos casos a casi todas las aves, desde el búho a la gallina, especialmente cuando se irritan o defienden.

De todas maneras, ese género de descubrimientos de inducciones ha pertenecido en todos los países a su mitología, nunca a su historia.

## III

Mas, a fin de que acertemos a explicar con claridad la derivación lógica de la denominación con que hemos tomado nuestro puesto entre las naciones, será preciso que recordemos un momento cuál era la organización aborigen de nuestro territorio.

No existía, propiamente, en la angosta faja de tierra que hoy habitamos entre el Pacífico y los Andes, una verdadera nación, grande ni pequeña, ni en la época puramente aborigen ni en la incarial que le sucedió, cuando los emperadores peruanos dominaron nuestros valles hasta el Maule. Al contrario, los habitantes que poblaban los últimos, componían tribus aisladas que, lejos de confederarse para constituir un cuerpo de nación, como las razas sometidas a los señores del Cuzco, vivían entre sí en perpetua hostilidad, ya de un valle a otro valle, ya en el seno mismo de sus escasos sembradíos, a la lengua de sus ríos. Tal era la organización de los siete angostos valles que se extendían al norte del Mapocho: el de Copayapo, el de Guasco, el de Coquimpu, el de Limari, el de Choapa, el de Lusa (Ligua) y el de Canconicagua. Por esto, cuando Almagro penetró en el primero de los parajes que acabamos de nombrar, hallábase sus habitantes envueltos en sangrientas guerras intestinas. Y esto último acontecía a la vez en el postrero de aquellos valles, ocurriendo la circunstancia extraordinaria y desconocida casi del todo hasta el presente, que el caudillo de los últimos era un español, predecesor de Almagro en el descubrimiento y la conquista.

## IV

Por estas circunstancias de luchas continuadas y de aislamiento profundo, explícate hoy la extremada escasez de población, que hizo de la primera ocupación del territorio un hecho llano para un puñado de aventureros. «Desde Copayapo hasta Maule —decía Pedro de Valdivia en un carta recientemente descubierta— habrá

agora quince mil indios, porque la guerra, hambres i malas venturas que han pasado, se han muerto i faltan mas de otros tantos»<sup>1</sup>.

Y a ese mismo esparcimiento de raquíticas tribus enemigas debe atribuirse la carencia de un nombre colectivo para significar el conjunto de una nación que en realidad no existía sino en jirones. Por esto observa con admirable sagacidad el inca Garcilaso, «que aquellas tribus no tuvieron en su lenguaje nombre genérico para nombrar en junto los Reynos y Provincias, como decir España, Italia o Francia, que contienen en sí muchas provincias. Supieron sólo nombrar cada Provincia por su propio nombre»<sup>2</sup>.

Este juicio del historiador indígena es una verdad profundamente histórica y geográfica. Chile no existía ni como nación ni como territorio. O más propiamente, a ejemplo de algunos de nuestros ríos que van mudando de nombre según la zona que atraviesan, la montaña, el valle central o la cadena de la costa, así aquél recibía diversos nombres comarcanos inconexos. En la cabecera austral del desierto de Atacama, Chile llamábase únicamente *Copysopo*; tres grados más al sur asumía la denominación *Coquimpu*, y en la medianía de su longitud conocida, apellidábanlo sus dispersos moradores *Canconicagua*.

Y esta organización política y social de los aborígenes, que es extensiva a todas las poblaciones de la América española en la época de la conquista, explica la fortuna y la rapidez de la última. Si en lugar de míseros caciques, las Indias hubiesen estado repartidas entre feudatarios, como los Khans de la Tartaria, los emires árabes, o siquiera como entre los perezosos pero opulentos y obedecidos *nababs* de la India, muy diverso habría sido el éxito de las armas españolas. La Araucanía, que no es propiamente una nación unitaria, sino una confederación militar de tribus aisladas y bárbaras, más o menos compacta, es todavía un vivo ejemplo de lo que

<sup>1</sup> Carta de Pedro de Valdivia a Hernando Pizarro. Serena, septiembre 4 de 1545.

<sup>2</sup> Garcilaso, *Comentarios Reales*, Lib. I, cap. VI.

## V

Hemos dicho que el último de los valles septentrionales de nuestro territorio, caminando al sur tenía el nombre de *Canconicagua*. Pero éste era sólo la designación local y lugareña de aquel sitio. Su nombre genérico y exterior, geográfico y político, era el de *Chilli*, sin duda por el apellido de algún cacique poderoso que en él tuvo mando y le legó su nombre, como aconteció en la mayor parte de los bautizos de la conquista. Los valles de Cachapoal, Tinguiririca, Nuble, Maule, Mulchén y muchos otros derivaron, por ejemplo, sus nombres de los caciques *Cachipoal*, *Tintitilica*, *Nuble*, *Maule*, *Mulchén*, que los españoles encontraron en actual ocupación del territorio.

Otro tanto había acontecido en el resto de la América.

Los caciques *Panamá*, *Bogotá*, *Popayán*, *Buga*, *Tumaco*, *Taboga*, habían ido transmitiendo sus nombres a ciudades, a comarcas, a países; sistema de denominaciones completamente natural que nosotros hemos copiado con fidelidad en nuestras designaciones lugareñas: «lo de Castillo», «lo de Herrera», «lo de Águila», «lo de Nos», «lo Recabarren», «lo Contador», nombres todos de encomenderos, ya que no de caciques, en el solo distrito de Santiago.

Mas, volviendo a la adjudicación especial del nombre de *Chilli* al valle de *Canconicagua*, no cabe la menor duda sobre su autenticidad, porque así lo asienta Valdivia mismo cuando, hablando del valle del Mapocho, dice que «es doce leguas más adelante de Canconicagua, que el adelantado Almagro llamó el valle de *Chille*»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Carta ciudad de Pedro Valdivia a Hernando Pizarro. Valdivia persistió siempre en llamar al valle de Chile *Canconicagua* o *Canconagas* de cuya última denominación queda todavía el nombre de *Concón*, a la entrada de su río en el océano. Así dice cuando fue a hacer construir el bergantín en Concón (1541): «Luego me porté al valle de Canconcagua a hacer un bergantín en Concón (1541): hablando de la escasez de habitantes en nuestros valles del Norte, dice: «Desde el

En el nombramiento de tesoro real, que el gobernador hizo de su íntimo

amigo Jerónimo de Alderete, pocos meses después de la fundación de Santiago (11 de agosto de 1541), marca más señaladamente el conquistador la denominación especial del valle de Chile, aplicándola al que es hoy de Aconcagua, pues lo nombra junto con otros valles y lo distingue nominativamente de los demás y del

Y si tal no lo hubiera denominado el predecesor de Pedro de Valdivia, los secuaces de aquel bravo y desvirtuado caudillo habrían bastado para hacer imperecedero ese nombre, porque desde que Juan de Rada mató a Francisco Pizarro, los almagristas fueron sólo conocidos con el nombre, lastimero entonces, terrible más tarde, de: —«*los de Chile*».

## VI

Por otra parte, el nombre primitivo de *Chile*, aplicado lugareñamente al río y valle que hoy ha recuperado por entero y oficialmente su denominación primitiva de Aconcagua, se mantuvo incólume durante siglos, aun después de haberse generalizado esa denominación aplicada a todo el país. Así vemos que dentro de los primeros quince años de la conquista (octubre 9 de 1556), se concedía pertenencias de tierras al conquistador Francisco de Riveros en el «Río de las Minas» (Malga-Malga), «hacia el valle de *Chile*», es decir, en la dirección de Quillota y de Limache, que se consideraban como apéndices de aquel valle. En un documento de 1614, encontramos mejor precisada todavía esta circunstancia, porque un vecino de Aconcagua llamado García Carvajal, declara en un instrumento público otorgado en Santiago ante Bartolomé Maldonado, el 27 de octubre de aquel año, que «es vecino encomendero de la *provincia de Chile* y residente al presente en la ciudad de Santiago».

Esto, respecto de la parte superior del valle de Aconcagua.

Pero otro tanto acontecía en su parte inferior, que se extendía desde la punta de Llay-Llay hasta el Pacífico. Así los frailes de San Francisco de Santiago, recordando al rey, en una carta fechada el 14 de agosto de 1666, el destierro a Quillota que el presidente Meneses impuso con injusticia al oidor Peña Salazar, dicen que «le desterró a la *provincia de Chile*». Igual expresión usa el fiscal Muñoz

Mapocho. «En estos reinos de la Nueva Extremadura (así empieza el título), que comienzan en el valle de la Posesión, que en lengua de indios se llama Chpayspo, con el valle de Coquimbo, Chile y Mapocho, etc.»

y Cuéllar en una comunicación contemporánea de esta última y del mismo género<sup>1</sup>.

## VII

En consecuencia, durante los tres siglos del colonaje, *Chile*, en un sentido local, era peculiarmente el valle de Aconcagua. Sólo por extensión geográfica, de hábito y de gobierno, ese mismo nombre aplicábase al resto del país.

Y tan arraigados han vivido esta clasificación y apellido en la memoria del pueblo, que aun hoy mismo, así como las gentes rudas no conocen la parte septentrional del país sino con la expresión tradicional de los «*lados de Abojo*», y los del sur con la de los «*lados de Arriba*», así la región central especialmente la ocupada por la capital y sus valles tributarios, se llama todavía *Chile*. Marchar a Santiago se dice hoy, desde el Biobío al sur, «ir a Chile», y aun entre los indios salvajes o semicivilizados se emplea exactamente la misma locución. Conocida es también la jactancia geográfica de aquel oficial del ejército chileno, hijo de Rancagua, que hizo la campaña de Yungay, y que en las tertulias de Lima, donde era burlescamente interrogado, contestaba siempre: «que era nacido en un pueblo veinticinco leguas más allá de *Chile*»...

Notó con cierto enfado esta extraña anomalía de lenguaje un terco inglés, agente de empréstitos, que visitó a Santiago en 1823, viniendo por el camino de Mendoza, Santa Rosa y Colina. Y como a cada paso de su mula ota preguntar «lo que faltaba para Chile», o cuánto habían tardado en el camino los arrieros que «venían de Chile» o «cómo estaba Chile», exclama con cierta espiritualidad en el libro que sobre su viaje escribiera, que eso era tan impertinente, como si alguno que fuera llegando a Londres por Kensington preguntase: «¿Cuánto falta para llegar a Inglaterra?»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Actas del Cabildo de Santiago». Archivo de Bartolomé Maldonado (Notaría de San Bernardo). Archivo de Indias. Libro manuscrito en mi poder con el título de *don Francisco de Meneses*.

<sup>2</sup> Robert Proctor, *Narrative of a journey across the Cordillera of the Andes*. Londres.

## VIII

Tenemos ya adquirido como cierto y comprobado, que el nombre de *Chile* fue local, como el de Copiapó o el de *Limarí*, el del *Maule* o el de *Itata*, y que así como cupo aquella designación a nuestro suelo, pudo haberle pertenecido la de aquellos u otros valles. *Chile* era, en la época aborigen, exclusivamente el valle que riega el río de Aconcagua, desde sus cabeceras andinas hasta el mar.

## IX

Los valles septentrionales eran, en efecto, estrechos, pobres, barridos alguna vez por turbiones y escasísimos en población. No se hallaba desde tiempos remotos en tales condiciones el populoso valle de *Chilli*, con su abundante río, sus fértiles terrenos de aluvión, sus valles laterales y abrigados como las ensenadas de Llay-Llay, Catemu y Purutún, y especialmente con sus ricos venenos de oro que cubren todavía la vasta extensión de la provincia de Aconcagua, desde Petorca a Catapilco y desde las opulentas laderas de Marga-Marga (anexadas hoy a Valparaíso) hasta la famosa mina de las Amazonas en La Ligua. Por esto los historiadores antiguos afirman que casi todo el oro del *tributo del Inca* era del valle de *Chilli*; y de sus *catas* y lavaderos indudablemente provenían las catorce arrobas de purísimo metal en tejos, marcados con el senq de una mujer, que Almagro encontró, según Rosales, en Tupiza.

## X

La fama de tan abultada riqueza y del temple de aquella comarca vasta, poblada y abundosa en metales, atravesó las distancias con el trascurso de los años, y así el nombre local de *Chilli* fue amoldándose poco a poco a los territorios subalternos que lo rodeaban, sin

1824, pág. 95. El Director Supremo y delegado Quintana, cuando en 1817 escribía sus cartas en Santiago, las databa simplemente desde *Chili*.

llegar a formar por elló la denominación unitaria de un pueblo, sino el de una imperfecta confederación de tribus. Por esto cuenta Garcilaso, que cuando el Inca Viracocha, octavo rey de su raza, visitó, siglo y medio antes del descubrimiento de Chile por los europeos, sus provincias de Tarapacá, recientemente conquistadas por sus armas, se le presentaron ciertos embaajadores *Tucumas* (del Tucumán) y le dijeron: «Te hacemos saber que lejos de nuestra Tierra, entre el Sur i el Poniente, está un gran Reyno llamado *Chili*, poblado de mucha Gente; con los cuales no tenemos comercio alguno, por una gran cordillera de Sierra Nevada que hay entre ellos i nosotros; más la relación tenemos la de nuestros Padres i Abuelos. Y pareciónos dártela para que ayas por bien de conquistar aquella Tierra»<sup>1</sup>.

Tal fue el origen del descubrimiento, conquista y avasallamiento incarial de los valles de Chile, que con veinte mil hombres y en seis años de campañas, o más bien, de marchas, consumó el famoso Sinchirucha, generalísimo del inca Yupanqui, «acompañado de dos maeses de campos (lugar-tenientes) del linaje de los incas —agrega Garcilaso— que no saben los indios decir como se llaman». Herrera acoge esta misma versión, atribuyendo la generalización de aquel nombre a la guerra más que al oro, y de esta misma opinión fue el famoso viajero Frezier al tratar esta cuestión<sup>2</sup>.

Y de esta suerte queda establecido el hecho histórico de que fue la conquista incarial la primera que generalizó el nombre comarcano de *Chile* o *Chilli* a todos los territorios que, desde el despoblado de Atacama al sur, ocuparon sus armas. Cuando los castellanos penetraron en el Perú y en el Plata, y dieron a sus parajes nombres tan efímeros y caprichosos como los que ya ha consagrado la historia y el hábito de cerca de cuatro siglos, el ignoto Chile tenía adquirido, por tanto, un nombre fijo y preciso. No es por esto del todo exacta la aseveración de Valdivia, cuando afirma que Almagro dio al valle de Aconcagua el nombre de *Chile*. Hacía más de un siglo que éste era ya un nombre geográfico en las Indias.

<sup>1</sup>Garcilaso, *Comentarios Reales*, parte 1, pág. 164.

<sup>2</sup>Antonio de Herrera, *Década VII*, Lib. I, Frezier, *Voyages dans la Mer du Sud*, Paris, 1716, pág. 104.



## XI

Surge aquí una cuestión curiosa, pero más de idioma que de geografía, y es la de averiguar la significación posible del nombre de *Chile*. —¿Es una palabra chilena? ¿Es un vocablo peruano? ¿Es un término genérico que no significa nada determinante y que, por lo mismo, se encuentra esparcido en diversos parajes de la América y aun en otros continentes?

Es tal vez la última la más acertada solución de este problema. Pero habría asimismo razones considerables de inducción y de analogía para pensar que ese vocablo se asimiló en el Perú, o tuvo de antemano afinidades positivas en el idioma quechua.

## XII

Antes de todo, preciso es dejar establecido que el nombre verdadero, antiguo e indígena era *Chilli*, dulcificado en la sonora y blanda garganta de la lengua castellana en el de *Chile*, y a veces, en el principio, con el más apacible todavía de *Thile*.

Y aquí vale con mucho la pena de ser anotada una circunstancia al parecer trivial, pero que en realidad no lo es sino muy interesante y filosófica ante la historia y la lingüística. Tal es la de que, habiendo sido el antiguo y primitivo nombre de nuestro país *Chilli* y por síncope *Chili*, ese es el que han conservado los europeos en sus idiomas, y especialmente los ingleses, que nunca dicen sino *Chile* y los franceses *Chilé*. La *e* final vino exclusivamente de la modulación española, y de aquí pasó al italiano, en cuya lengua se pronuncia y aún se escribe en ocasiones nuestro nombre de nación así: *el Kile*.

## XIII

Volviendo ahora al camino de la investigación lingüística, aparece que el nombre de *Chile* encuentra infinitas analogías y aun perfectas sinonimias en diversos parajes del Perú. Así tenemos el nombre de *Chilia* en un pueblo de la provincia de Chachapoyas, marcado en

el mapa del Perú, de Paz Soldán, e idéntico nombre en un curato de la provincia de Pataz, departamento de la Libertad. Otra aldea de Chachapoyas lleva el nombre de *Chili-pin*, análogo a las cerrilladas de *Quili-pin*, que se levantan entre Linares y Parral.

Esto con relación a la zona del norte.

Pero al sur del Perú, las similitudes aparecen con más frecuencia y más viva analogía. De esta suerte, podemos enumerar los parajes de *Chila-hoyo*, posta cerca de Puno; *Thili-vichi*, pequeña hacienda entre Tacna y Tarapacá, en cuyo caserío falleció el memorable mariscal Castilla; *Pacon-chile*, en el valle de Lluta, cerca de Bolivia; y por último, *Chili-gua*, que corresponde casi a nuestro *Chilli-hue*, en Caupolicán, y cuyo lugar es una cordillera frígida entre Puno y Arequipa<sup>1</sup>.

Pero donde el nombre de Chile está entero y perfecto, es en el famoso río de la última ciudad que baña el pie del Misti y deleita después el hermoso valle de Vito, uno de los más encantadores oasis del Perú: *el río Chile*.

## XIV

¿Querriamos, por esto, decir que la etimología de *Chilli* es de procedencia quechua? De ninguna manera; porque esa misma palabra abunda y con más acentuación y semejanza, en diversos parajes de nuestro propio territorio, los unos remotos, los otros centrales. Así, en el grado 39, entre los ríos Toltén y el Cautín, tenemos el lago y el río de *Chille*, y a orillas del Mataquito, el cerro de *Chili-pirco*, en que pereció el heroico Lautaro<sup>2</sup>.

El valle de *Chilli-hue*, en el departamento de Caupolicán, forma

<sup>1</sup>Son tan comunes en el Perú y en Bolivia las palabras simples o compuestas en que entra la articulación *Chilli*, que en un diario de febrero del presente año, hemos leído que el presidente de Bolivia se había dirigido al puerto de *Chile-loy*, en el lago Titicaca.

<sup>2</sup>El río meridional de *Chille* no se encuentra mencionado en el excelente *Diccionario Geográfico de Azaburuaga*, pero la señala Olosoa en su mapa de la Araucanía.

Tenemos otro río, el *Chiri*, afluente del Pilmaiquén.

una palabra compuesta que significa «apéndice o dependencia de Chile».

## XV

Pero donde se reproduce con más frecuencia esa peculiar articulación, es en las vecindades mismas del antiguo valle de *Chille*. Así tenemos un paraje en la Ligua que se llamaba, hace uno o dos siglos, «las majadas y asiento de *Chille-cauquen*», y este es el nombre actual y preciso de una de las mejores haciendas de secano del departamento de Quillota, *Chilli-cauquen*, donde el vocablo *Chilli* está íntegramente conservado.

Y aquella misma ciudad, ¿no tuvo tal vez un nombre análogo alterado por la peculiar modulación española —*Chillota*?—. En la vecindad de la ciudad de Puno, en los fríos páramos del Perú, existe todavía un lugarejo que lleva el nombre de *Chilota*.

## XVI

La palabra puramente indígena de *chilli-cauquen* merece una observación por separado, porque tal vez la etimología del valle de Chile está vinculada a su significado. *Chilli*, en efecto, en el idioma araucano, significa una especie de gaviotas de tierra, que suelen llamar también *cauquenes*, y de aquí (por una laguna en que todavía abundan los últimos) el nombre de los baños y hacienda de *Cauquenes*, y el del departamento y ciudad del sur. ¿Eran los *cauquenes* de *Chilli-cauquen* las gaviotas del valle de *Chille*?

Tenemos todavía otros vocablos corroborativos del origen completamente lugareño, aborígen y anterior a la época incaica y europea, como el de *chili-piuque*, nombre que los indios daban a un nervio del corazón (*piuque*); el de *chili-hueque*, nombre chileno de la llama del Perú; y aun el de *chiles* con que en el exterior son conocidos los pimientos indígenas. En México, nunca otros nom-

bras de *guiso chilie*, y lo mismo dicen en España de ese enérgico cáustico.

## XVII

No pretendemos, empero, hacer doctrina de ninguna de estas derivaciones, sino sólo marcarlas de paso, porque nuestro propósito no llega más allá de trazar la localización del nombre primitivo del país y enseguida su difusión general, y esto creemos haberlo conseguido con fortuna. Por lo demás, las sinonimias de base peruana, domesticadas en Chile, son sumamente comunes, como la de la provincia de *Lampa* (la azada indígena), reproducida en un antiguo pueblo de indios de Santiago; la de *Guasco*, lugar vecino de la raya fronteriza de Bolivia y el Perú, que tiene también dos esmeros en el litoral de Camaná; el *Lircoy*, curato de la provincia de Huancavélica; y el de *Chicauma*, en la provincia de Trujillo, que se reproduce en el Departamento de Santiago, junto a Lampa, en un lugar famoso por su buena chicha. El nombre del dios *Pachacamac* está reproducido también en una estancia y cuesta vecinas de Quillota; y por último, el de *Ilave*, que era el antiguo de Peñaflores, fue copiado del río de ese nombre que desemboca en el lago Titicaca.

Aun respecto de nombres que parecen exclusivos de nuestro terruño, como el de las provincias de *Aconcagua* y *Colchagua*, por ejemplo, tenemos el primer nombre muy aproximadamente repetido en el célebre pico de *Aconquiza*, en el Tucumán, a cuya cima dirigió el año último poéticas invocaciones el ilustrado presidente de la República Argentina, y que ya hablan mencionado en el pasado siglo los jesuitas<sup>1</sup>.

En cuanto al nombre de *Colchagua*, la sinonimia es más cercana

<sup>1</sup>Hablando del guiso nacional llamado *gaspacho* en España, dice Ford en sus *Chavings of Spain* (pág. 134), que se compone de cebollas, ajos, pepinos y chíles — is composed of onions, garlic, cucumbers, chilis, etc.

<sup>2</sup>Lozano. *Historia de la Conquista del Tucumán*, Lib. 1, Cap. xxxvi, Núm. xxxv.



todavía en el puerto de *Conchagua* (la diferencia es de una sola letra), situado en Guatemala y que hoy se denomina la *Unión*<sup>1</sup>.

## XVIII

Análogo caso ocurre con otros nombres nacionales, como el de Arauco, que vemos reproducido en Venezuela en el río *Arauca*, famoso por la victoria que a sus orillas obtuvo sobre Morillo, el 2 de abril de 1819, y en Nueva Granada en los indios *arauacos* o *aruacos*, de que tan extensa mención hace Julián en su *Perla de Santa Marta*. Prescott cita también en su *Historia de la Conquista del Perú*, un don Martín de Arauco que hizo relación de la muerte de Francisco Pizarro. Y no sería menos curioso que este nombre de Arauco haya sido importado en Chile, porque tal vocablo no existía en el idioma primitivo, siendo la verdadera designación de aquel territorio la de *Rag-co* (agua de greda)<sup>2</sup>.

## XIX

¿Pero limitóse sólo a nuestro país y al del Perú la designación de *Chile* y sus equivalentes?

Nosotros encontramos ese preciso nombre en una de las más altas cadenas de Guatemala y en una de las provincias septentrionales de la China, ni más ni menos, como encontramos en la nobleza de Inglaterra un *lord Maule*, que, por cierto, nada tiene que

<sup>1</sup>Véase Lafond. *Voyages dans l'Amérique espagnole*, Vol. 1, pág. 316.

<sup>2</sup>En realidad, las palabras *Arauco* y *Arauca* son muy generales en las denominaciones americanas.

Los escritores europeos suelen hacerlas sinónimas de *cauca*, que en quechua quiere decir *enemigo*.

De esto tomó nombre el popular romance de Gustavo Aimard, aplicado a los araucanos: *Le grand chef des Aucas*.

En cuanto al nombre patrimonial de Arauco, que acabamos de citar, es tan genuinamente español como el de *Araujo*. En Buenos Aires hubo a fines de siglo pasado un hacendado que se llamaba don José Joaquín Arauco, y dejó varias obras estimables.

hacer con nuestro río. Simples coincidencias de la pronunciación y de la sintaxis humana en el lenguaje universal<sup>1</sup>.

## XX

No podemos, a este propósito, dejar de marcar una coincidencia mucho más singular que la precedente, digna de una mención especialísima.

Sabido es de todos que la palabra *chiri* significa *frío* en la lengua quechua, de lo cual ha venido la ingeniosa pero antojadiza presunción que explica el nombre de Chile por el frío de su encumbrada cordillera, que los peruanos, acostumbrados a un clima más benigno, encontraban a su paso. De aquí los *chiri-guanos*, habitantes de las altiplanicies de Salta y de Jujuy<sup>2</sup>.

<sup>1</sup>El nombre de la provincia de la China a que nos hemos referido es *Chih-li*, que se pronuncia como el de nuestro país. Ultimamente se ha hecho notar esta provincia porque su gobernador ha establecido un periódico con formas europeas. Diversos viajeros ingleses han visitado en los últimos años este vasto estado montañoso, situado en el centro del celeste imperio.

<sup>2</sup>Sobre la significación de *chiri* (frío), el escritor peruano Bosagoita ha compuesto una oda en quechua en honor del agrónomo Cábrera, que, fiel a su apellido, se ha ocupado con éxito en hacer cruces de alpacas, llamas, vicuñas y cabras.

-*Chiri llaguité pa rufframpi*

*Pachato coptatec yechispa*

Huiccufta alpacaccac churruia.

-*Entre caucas crudas y soledad pacienis*

*Descorras de caucara el denuc solo*

*De la Paco-Vicuña que tu ofen presentar, etc.*

En cuanto a la ignorancia del nombre de Chile en Estados Unidos, hemos recibido en estos días una carta de Cleveland, escrita por una sobrina nieta del virrey O'Higgins, en que nos pregunta si queda alguno de sus descendientes en el Perú de Chile. Nuestro general Riquelme se contenía con llamar a la capital de la república vecina -el Perú de Lima-.

*Chiri-Chiri*, que significaría en quechua frío-frío, es el nombre de una de las más ardientes enseñadas del istmo de Panamá, un poco al sur de la bahía de Cupica, explorada por los chilenos del corsario la *Rosa de los Andes* en 1820.

## XXI

No sería completo el presente estudio si no hiciésemos memoria de la larga lucha que el sencillo y por lo mismo enérgico y expresivo nombre indígena de nuestra patria tuvo que sostener en los primeros años de la Conquista contra la denominación oficial, dura y poco feliz, que pretendió imponerle Pedro de Valdivia.

Era la usanza y la vanagloria de los capataces el apropiarse nombres castellanos, extremeños, gallegos y otros a los lugares y nsiones que descubrían en las Indias, y de aquí que haya quedado el nombre de «Nueva Granada» y el de «Venezuela», y que Méjico poseyera oficialmente durante el coloniaje solo el de «Nueva España».

En algunos de los conquistadores tuvo ese afán, por significación, el amor al suelo natal. Pero Valdivia pretendió atribuirle sólo el de una galantería subalterna. «A toda la tierra que he descubierto y descubriré —decía a Hernando Pizarro, con relación a su hermano, el gobernador del Perú —llaméla la Nueva Extremadura por ser el marqués de ella y yo su hechura».

Aunque arrancado de tan pobre móvil, mantuvo Valdivia su bautizo con incontestable constancia durante los catorce años que gobernó en Chile. En su primera como su última provisión, se encuentra el sello de su poderosa voluntad, empeñada en borrar una memoria que estaba ya tres veces consagrada por los aborígenes, por los incas y por los dos Almagros y sus bravos soldados, hijos de Chile».

En las actas del Cabildo de Santiago, mientras gobernó Valdivia, la fórmula invariable es siempre la siguiente en el encabezamiento de cada una: «En la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo de estas provincias de la Nueva Extremadura». En el último documento público emanado del capitán extremeño, que es el nombramiento de un maestro platero, hecho en Concepción a fines de 1553, insiste todavía en llamar a Chile simplemente «este Nuevo Extremo».

## XXII

Mas el hábito y la fama pudo más que la tenaz voluntad del conquistador, porque desde los primeros años, las autoridades, los capi-

Pero más cercano que ese vocablo está de nuestro nombre la palabra inglesa *chilly*, que por una singularidad extraña, significa también frío. Así es que con relación a este vocablo, tanto valdría decir que la etimología de Chile viene del Perú como de Inglaterra. Muchos de los habitantes de este último país, y especialmente de los Estados Unidos, donde reina mayor ignorancia sobre el mundo exterior, lo piensan instintivamente así. Cuántas veces, en verdad, no hemos oído esta definición verdaderamente yankee, del templado y dulce clima en que nacimos: —*Oh! Chili, cold, very cold Chili!*!

No llegamos por esto a decir, como no sabemos cual viajero, que los peruanos son descendientes de ingleses, porque *Inca Man-co*, su rey, quiere decir *english man* (inglés), lo que es tan exacto como que los indios de Eten, cerca de Trujillo, se entienden a las mil maravillas con los chinos y japoneses que llegan por barcas a sus valles para cultivar sus cañas y algodonales. Menos nos imaginamos, como el candoroso padre Ovalle, que el Perú fuera el antiguo *Pharum*, es decir, el *Ofir* de Salomón, de donde —dice aquel historiador chileno— llevaban al gran rey oro, perlas y «cueros de vicuña»?

La única duda del jesuita estriba en que si aquellos cargamentos pasaron a la Tierra Santa por el Estrecho de Magallanes o por el Cabo de Buena Esperanza... Mas, en cuanto a que Salomón hubiera sido el primer descubridor de la América, no había vacilación posible, porque el primero «fue más cosmógrafo que Cristóbal Colón y no se le pudo ocultar lo que éste descubrió». Y éstos son desatinos de levísima cuantía comparados con los que usa otro fraile antiguo, el famoso padre García, en su más famoso libro *Del origen de los Indios*, destinado a probar que los araucanos descendían de los fenicios, y los patagones de los cartagineses...

*Chiri-moya*, de *chiri* (frío) y de *moya* (seño de mujer), tiene su significado poético y a la vez sumamente apropiado.

Ya dijimos que en Chile tenemos un pequeño río llamado también *Chiri*.

<sup>1</sup> «Oh! Chile es un país frío, muy frío!».

<sup>2</sup> *Histórica Relación del Reyno de Chile*, Pág. 108.

tanés, los mercaderes del Perú, todos en las Indias no cesaron de llamar nuestra colonia: «el reino de Chile».

Otro tanto sucedía en España, cuya cancellería jamás aceptó la denominación antojadiza de su primer gobernador. Así, en el nombramiento de tesorero, otorgado por Carlos V en Madrid en favor de Arnao de Cegarra, el 9 de junio de 1553, doce años después de la fundación de Santiago, se menciona sólo la «provincia de Chile». Cuando más, la Corte solía mezclar el nombre de «Nueva Extremadura» con la denominación indígena, y este fue el sistema empleado por el conciliador La Gasca en su correspondencia oficial, cuando pacificó al Perú. Su fórmula más usada era la siguiente: «Las provincias de Chile, llamadas *Nuevas Extremas*».

El pacificador anteponía, sin embargo, según se observa, el nombre indígena y usual, dejando la designación española como un simple apéndice.

## XXIII

Pero muerto Valdivia y olvidada su memoria en contiendas civiles, no tardó en desaparecer del todo la obra de sus afanes lugareños. Don García Hurtado de Mendoza, que no había nacido en Extremadura sino en Castilla, no se cuidó un solo momento de la cuna de su predecesor, y en el primer auto que expidió en la Serena, estableciendo el cabildo del lugar, el 5 de abril de 1557, sólo usó el siguiente formulario: «En la ciudad de la Serena de estos Reynos y provincias de Chile». Ni una sola ocasión aparece mencionada la *Nueva Extremadura* en la cartera de aquel gobernador. Otro tanto hizo su lugarteniente general Pedro de Mesa, cuando, veintidós días más tarde (el 25 de abril de 1557), tomó posesión del ayuntamiento «de estos Reynos y provincias de Chile».

La denominación extranjera de nuestra Patria duró de esta suerte sólo el breve espacio de dieciséis años. De esta suerte, a nuestro humilde juicio, queda suficientemente demostrado:

1° Que la derivación del nombre de Chile del canto del tril, es una fábula que no resiste ni a la historia, ni a la lingüística, ni siquiera a la anatomía del pico y la laringe de las aves;

- 2° Que es un nombre indígena del país, positivamente prehistórico, es decir, anterior a la conquista incaical y al descubrimiento y conquista de los europeos;
- 3° Que fue en su cuna una denominación completamente lugareña, aplicada a un valle especial, que el uso y la Conquista hizo extensivo gradualmente a todas las comarcas del país;
- 4° Que aunque el origen del vocablo es indudablemente *chileno-indígena*, no se le puede asignar una significación determinada en ese idioma, por tener otras análogas o semejantes en el quechua y encontrarse en diversas comarcas de América;
- 5° Que el uso popular conservó y generalizó ese nombre nacional, a pesar de los esfuerzos puramente oficiales de los conquistadores para reemplazarlo por denominaciones convencionales de la Península.

## XXIV

Fáltanos todavía, a fin de introducir un poco de vida y colorido al final de esta discusión de los orígenes de nuestra Patria, narrar un lance verdaderamente extraño que precedió a la conquista de Valdivia y aún al descubrimiento de Almagro, y que tuvo lugar, por tanto, en pleno dominio aborígen.

## XXV

Venía enrolado entre la soldadeca de los Pizarro un sevillano llamado Pedro Calvo Barrientos, hombre vulgar, pero de grandes alientos y agudo ingenio. Por alguna villanía o indisciplina de que se hiciera reo en el Cuzco, cortáronle las orejas y lo pasearon afrentosamente por las calles, según la bárbara costumbre española, llamada entre nosotros, hasta hace poco, la *vergüenza pública*.

Profundamente ofendido por aquel castigo inhumano, «y como un español—dice Diego de Rosales hablando de este preciso caso—estima más la honra que la vida, y más en las Indias, donde todos se procuran hacer caballeros», dirigióse el infeliz Barrientos al Inca Manco, que en prosecución de un plan político habían cor-

Pizarro, y le rogó lo enviase al más lejano de sus dominios para ocultar allí su vergüenza y su despecho.

## XXVI

Accedió de buen grado el monarca, que sufría, como el soldado de Sevilla el vilipendio de sus amos, y dióle una escolta y «su borla real como pasaporte». Añade el cronista que esto cuenta, que le trajeron en andas y en compañía de una india «a que se había aficionado»: ¡tan grande era el poder de la «borla del Inca»!

Atravesó así el soldado español los desiertos y los oasis de Chile septentrional, por el año de 1534 ó 35, y radicóse en el valle de Chile, que era lo mejor de estas lejanas posesiones del imperio incaical, y allí hizo luego gran figura porque se alistó en uno de los bandos que ensañaban las tribus entre sí.

En su calidad de general y vencedor dictaba el desorejado Barrientos la ley en la comarca, cuando apareció Almagro y su hueste en la primavera de 1536. Asombrándose los españoles al encontrar cruces de madera plantadas en las colinas, pero su entusiasmo cambióse en alegría cuando reconocieron a uno de sus compatriotas entre los bárbaros, poseídos de curiosidad y de terror, que salían a recibirle. «Iba Pedro Calvo Barrientos —dice un historiador— vestido como ellos y con muchas plumas, y aunque por verle tan galán y arrogante pusieron todos los ojos en él, ninguno lo conoció hasta que habló en español y se dio a conocer, con que todos los españoles concurrieron alegres a verle y cercarle, alegrándose de ver uno de su nación en aquella tierra»<sup>1</sup>.

## XXVII

Los informes que el animoso andaluz dio a Almagro sobre el país, sus minas, sus cosechas y sus poblaciones, fueron preciosas para su empresa, y «fomentaron sus altos pensamientos». Pero desgra-

<sup>1</sup> Rosales. *Historia inédita*, Lib. III, Cap. VIII.

ciadamente los secuaces del Adelantado no tenían su grande alma. Resolvieron retroceder al Cuzco, cuya ciudad disputaban a los Pizarro como suya, y dieron la vuelta a los pocos meses de su arribo. El soldado andaluz se fue con ellos; mas «como estaba hecho a la vida de los indios» —refiere el mismo narrador que acabamos de citar—, volvió a separarse de la hueste castellana y se estableció esta segunda vez en Copiapó.

## XXVIII

Hallábase aquel singular descubridor de Chile en el último paraje cuando, cuatro años más tarde, atravesó el desierto Pedro de Valdivia, y en esta coyuntura no abandonó su choza ni sus mujeres, porque dos años más tarde, cuando Monroy fue al Perú en busca de refuerzos (1542), estaba radicado en el lugar y hecho ya más indio que español. Al menos Valdivia le culpa del desastre que ahí experimentó su lugarteniente, que escapó milagrosamente con la vida<sup>1</sup>.

Parece, sin embargo, que Barrientos entró hasta cierto punto en la conspiración que fraguó Monroy para liberarse de sus captores, porque con un cuchillo suyo apuñaló el último al cacique que lo mantenía preso, y «salíó —dice Valdivia— llevando por fuerza aquel transformado cristiano a las provincias del Perú»<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Que este (Barrientos) fue toda la causa de toda la pérdida». (*Carta de Valdivia a Hernando Pizarro*, Serena, septiembre 4 de 1545).

<sup>2</sup> Valdivia, carta citada. Obsérvese que el gobernador de Chile no daba al Perú en esta carta su título oficial de *Nueva Castilla*, sino que dice simplemente *provincias del Perú*, exactamente como decían en este país, hablando de la Nueva Extremadura. «Las provincias o el reino de Chile». En realidad fueron los habitantes del Perú los que conservaron intacto el nombre de Chile en la primera época de la Conquista, y viceversa, los chilenos el del Perú. En cuanto al título de reino dado a Chile cuando México y el Perú eran simples virreinos, he aquí lo que cuenta Rosales y que no deja de ser curioso, en el Cap. IX del Libro IV de su *Historia inédita* todavía.

«En aquellas cortes y asistencia que el Emperador hizo en Flandes, trató de casar a su hijo Philippe Segundo, príncipe de las Españas, con la Serenísima Doña María, única y singular heredera de los Reynos de Inglaterra, y como los grandes

## XXIX

Tal fue el primer español, o más propiamente, el primer *andalu* que pisó nuestro suelo y se asimió, a virtud de una afrenta pública, con la raza que sus compatriotas venían a exterminar. Y coincidencia digna de curiosidad! Hemos dicho que ese aventurero ad ultrajado, y que fue el primero de su nación que sirviera a los caciques aborígenes, se llamaba Barrientos. Pues ese mismo es el nombre del último y valeroso chileno que ha ido a España a servir con lealtad a su reina y a salvarla. Barrientos de Chile por Barrientos de España, 1534-1842.

de aquel Reyno, reconociendo que Doña María era legítima Reyná, respondiendo que había de ser Rey también quien se casase con ella, se trató de que el príncipe se coronase por Rey de Chile, y como que estas provincias que antes no tenían otro título, estuviesen por el del Emperador, y perteneciesen a la Corona de Castilla, dijo: —pues hagamos Reyno a Chile, y desde entonces quedó con ese renombre.

Bajo el mismo punto de vista, y como simple curiosidad geográfica, damos lugar en seguida a los límites que el jesuita Rosales fijaba al reino de Chile a mediados del siglo xvii, y los que Pedro de Valdivia asignó a la jurisdicción del Cabildo de Santiago el 13 de noviembre de 1552. Ambos documentos merecen conservarse en esta época de dispuzas territoriales.

El primero dice así:

«Ensiánchese el reino de Chile de oriente a poniente por espacio de cientocinuenta leguas, ocupando las provincias ultramontanas de Cuyo. Conlina por el septentrion con el desierto de Atacama y los países de los indios Diaguitas, no muy lejanos de los minerales de Potosí. Al mediódia con el estrecho de San Vicente o Lemaire, más arriba del Estrecho de Magallanes. Al levante con los llanos de Tucumán, que se dilatan por casi trescientas leguas, hasta aquella parte donde el Océano Atlántico se introduce con el poderoso río de la Plata. Por el occidente con el amplísimo mar del sur, que se esparce sin términos expresamente conocidos.

En cuanto a la jurisdicción de Santiago, he aquí la que el gobernador asignó en la fecha recordada, a petición del procurador de ciudad Francisco Miftez:

«Responde su señoría acerca del Capítulo de los términos que se le conceden a esta ciudad de Santiago por términos de longitud norte-sur, desde el valle de Choapa hasta el río de Maule, y del este-ueste lo que S.M. le tiene fecho merced, que son comenzando desde la mar cien leguas para la tierra adentro por el altura, y por las espaldas de la cordillera comienza desde los valles de Tucumán y Carca hasta Diamante; los cuales dichos términos dijo que daba y dio, y señalaba y señaló su señoría, atento a que no es perjuicio de ninguna ciudad, villa ni lugar, dársele a esta dicha ciudad, como se los da. Pedro de Valdivia. Por mandado de su señoría, Diego de Orue (escribano de cabildo).»

No necesitamos agregar que ese chileno es el coronel don Santiago Barrientos, natural de Castro, y que hoy, a los 80 años, ara todavía su chacra de Valdivia con robustos brazos.

## XXX

No pondremos fin a este relato sobre la época puramente indígena de Chile sin agregar una palabra, o más bien, una cifra sobre la extinción completa de los primitivos aborígenes del antiguo *Chilli* entre el Maule y Copiapó.

Después de pasar por una serie interminable de reales cédulas que abolían el servicio personal las unas, y lo restablecían o modificaban las otras, a petición del ilustre don Ambrosio O'Higgins, el rey mandó dar suelta, por cédula del 10 de junio 1791, a todas las encomiendas de indios, que en número de treinta y siete existían todavía en el país. Contáronse entonces los indios que habitaban en los pueblos a que habían sido reducidas las encomiendas, y resultó de la matrícula el número total de 1.187 en 1793<sup>1</sup>.

Pero el odio al pago del tributo, que era de ocho pesos cuatro reales, las ausencias, la fuga y la muerte, trajeron por resultado su extinción casi completa hacia el año de 1810, en que comenzó, tardía para ellos, la era de la Independencia. Los aborígenes que habitaban todavía en cinco o seis aldeas llamadas «pueblos de indios», como *Valle Hermoso* en la Ligua, *Pomaire* y *Llolleo* en Melipilla, *Rapel*

<sup>1</sup>El tributo que debían pagar estos indios desde 1798, en que se matricularon, hasta 1810, en que los tesoreros reales dieron cuenta de sus rendimientos, debió ascender a 158.055 pesos. Pero en realidad no produjo sino 39.654 pesos, y habiendo sido los gastos de recolección de 22.575, resultó que toda la renta del Erario, en 18 años, fue sólo de 17.078 pesos, o sea, menos de mil pesos por año. En esto había parado la riqueza inmensa que el trabajo personal gratuito y forzado de los miseros indígenas había dado durante dos siglos a los encomenderos.

En 1810, lo que se colectó por tributos de indios fue 439 pesos y los gastos ascendieron a 1.113 pesos.

Por esto los tesoreros solicitaban del gobierno colonial, con fecha 10 de diciembre de 1810, que se suprimiese como inútil el ramo de tributos. Pero la revolución, que venía ya en marcha, hizo más que eso: abolió para siempre a los tributarios.

**LA ERA COLONIAL**



## LA ERA COLONIAL\*

### I

**E**n sólo dos países, o más propiamente, en dos ciudades de la América antes española, la mudanza de la independencia fue una revolución: en Buenos Aires y en Santiago; mucho más radical, empero, en aquélla que en la última. En todas las demás fue una convulsión, un trastorno, en algunas un cataclismo del que no se recobran todavía.

Para poner en evidencia la intensidad de aquella y alcanzar a medir sus singulares y casi inverosímiles consecuencias, hácesenos preciso detenernos un instante en el dintel de la era que hemos recorrido hasta aquí, y arrojar en sus misterios y en sus tinieblas una última mirada de investigación. Del fondo de esa misma oscuridad ha de arrancarse la chispa divina que iluminará los espacios y nos revelará un mundo que ninguna generación había previsto, y que, con el nombre de la *Civilización*, es el eterno e infinito *Apocalipsis* de la Humanidad moderna.

Tomemos al hombre desde la cuna y sigámosle en todos los actos de la vida, los grandes como los pequeños, los que han tenido por teatro la plaza pública o la sombra del hogar, y estos últimos de preferencia, como que de las acciones íntimas de los seres, de su flaca carnadura, de su perecedero polvo mana la resina (si es dable decirlo así) que mejor arde en la antorcha de la crítica. A su luz acaso logremos reconstruir por un instante la vida íntima y social del chileno, y especialmente del santiaguino, durante los largos siglos de la ERA COLONIAL, comprendiendo también en ésta aque-

\* *Historia crítica y social de la Ciudad de Santiago desde su fundación hasta nuestros días 1541-1868*, Vol. 2, Cap. xx. Imprenta del Mercurio. Valparaíso. 1864.

lla de sus derivaciones que, aunque al parecer modernas, forman una parte esencial y genuina de su índole y de su sistema.

Colgado en seguida ese retrato al muro de la historia, otros críticos, mejor informados o de mayores alcances, podrán discernir sus defectos y sus sombras. Las únicas felicidades, entre tanto, que nosotros pedimos a nuestro humilde pincel, es la buena fe en la concepción y el acierto en la verdad.

## II

En los ceremoniosos tiempos coloniales, el nacimiento de un ser humano era asunto de mucha mayor entidad que en los días de prosaica y afanosa prisa en que a nuestro turno hemos nacido y en cuyos hábitos y menesteres domésticos la higiene ha reemplazado a la rutina, como la franja inglesa ha sustituido a la bayeta de Castilla. Antes, los hombres venían al mundo a través de una serie de engorrosos trámites: hoy, simplemente, *nacen*.

Eran las principales de aquellas ceremonias el *pedir el vientre*, como se llamaba la solicitud previa de la preferencia para el grave y codiciado parentesco de los compadres. El *óleo* era, en el sentido profano de la palabra, no el aceite místico de la purificación, sino la ostenta y munificencia de los *padrinos*, fuera en el hogar, fuera en la plaza pública y en el trayecto de las calles. Por esto los *óleos* de la Catedral eran los de más lujo y bullicio, como que al alcance del sonido de su esquilon nacían todos los infantes y las hembras ricas de la ciudad.

Por lo común, elegíanse o aceptábanse los compadres entre los amigos probados o los hombres de caudal, porque teníase entendido que se daba al recién nacido una especie de padre espiritual obligado a velar por las necesidades de su vida. El *padrino* era entonces, en consecuencia, un título formidable: la *madrina* un nombre de consuelo y esperanza. Constituía, por esto, un día de fiesta en el hogar aquel en que un provincial o un canónigo, un tesorero real o un oidor habían pedido el vientre de la esposa.

<sup>1</sup>Prevalencia de tal suerte esta costumbre aún después de promulgada la R-

Era también un tipo predilecto el de aquellos *tíos de Indias*, que han popularizado después Bretón de los Herreros y otros escritores españoles, como un personaje esencial de sus dramas sociales. El supremo honor estaba, con todo, reservado al capitán general, al obispo y al regente de la Audiencia. En tales casos, el óleo tomaba el carácter de una *fiesta real* en miniatura, y los dichos padres echaban por las ventanas a la ávida y clamorosa muchedumbre azafates de dulces, escudos y *medios encintados*, pastillas de olor y *cuartillos* recién puestos al cuño de la moneda, y hasta las puertas mismas de sus mansiones, mientras en los altares se encendían todos los cirios y el bautizante recibía su codiciada propina bajo los pliegues de su capa *pluvial*. Queda todavía algún trasunto de esta esplendidez en la *ciudad de los reyes*, la sociedad de América que se ha conservado más española entre todas las de nuestro continente. Presenciamos, a la verdad, allí un óleo de dictador, que más habría parecido de virrey; así como los fuegos artificiales que quemaban delante de las ventanas de *don Ramón*, el día de su natalicio, habrían eclipsado a los que iluminaron las canas de Abascal y de Pezuela.

En cuanto al nombre del recién nacido, exceptuando el del primogénito, que solía llevar el de su padre o el de su abuelo, debía copiarse fielmente del almanaque vigente, combinándose los san- tos de distinto sexo para ofrecer al neófito cristiano dos celestes guardianes. De aquí los José Dolores, los José Mercedes, los José del Carmen y los José María de la eterna serie de *Pepes* de nuestros antepasados.

publica, que el director O'Higgins se vio obligado a expedir en 1821 el siguiente curioso decreto:

*«El Director Supremo de la República, de acuerdo con el Excmo. Senado.*

*Para evitar los inconvenientes de que se hace cargo la ley 48, Tit. 16, Lib. 2<sup>o</sup> de los municipales, se prohíbe a las personas que ocupan y ocuparen en lo sucesivo los supremos poderes, ejecutivo, legislativo y judicial, el ser padrinos de matrimonios: bautismos de personas avecinadas o residentes en la República de Chile, extendiéndose esta prohibición a los Secretarios del Supremo Gobierno y a los Ministros de la Cámara de Justicia, debiendo observarse por el tiempo que ocupen los destinos; pero podrán ser padrinos los unos de los otros empleados, o de sus familiares, en Chile, a trece de noviembre de mil ochocientos veintuno.*

*O'Higgins. — Echery.*

Acostumbrábase también sustituir los nombres de bautismos por los de recámara, a usanza de los indios; y de aquí los *Panchos* y los *Cuchos*, las *Chabelitas* y las *Pechoñas* que afean todavía nuestro lenguaje de afectión. No hemos llegado, empero, a la moda que pretendió iniciar en Chile don Simón Rodríguez, llamando a uno de sus hijos *Choclo* y al otro *Tulipán*, porque decía que así como hubo *Rosas* que fueron santas ¿por qué no había de haber también un *San Tulipán* o un *San Choclo*?

<sup>1</sup>Una de las prácticas más curiosas de la antigua sociabilidad de la colonia era la confusión de nombres y apellidos a que daba lugar en las familias la costumbre de poner a los hijos el nombre y apellido enteros de remotos antecesores, de amigos, de compadres y de deudos queridos o acaudalados, particularmente cuando éstos eran solteros. Hácese, por esto, la ciencia genealógica en Chile una verdadera torre de Babel, como puede experimentarlo cualquiera que consulte un cuerpo de autos de capellanías que cuenten más de dos siglos de fundación.

Por lo curioso de este sistema, que todavía está en boga en Inglaterra y en Estados Unidos, al punto de haber trocado muchos apellidos en nombres de bautismos, como los de Nelson, Washington, Franklin, Fulton, Lincoln, etc., fuera de los ríos, calles, fábricas, etc., que todavía dan santos al almanaque, vamos a citar unos pocos casos.

Juan Rodulfo Lisperguer, por ejemplo, fue casado tres veces y tuvo veintidós hijos. Ahora bien, los cuatro vástagos que le diera su primera mujer, María de la Torre y Machado, llevaron apellidos diferentes y fueron éstos: Pedro Lisperguer —*Belambergue* el primogénito, Ferrnín de Lisperguer y *Machado* que murió sin sucesión, y Agueda Flores— Lisperguer (por su bisabuela doña Agueda de Flores) y María Clara de *Velasco*, cuyo apellido era el de su abuela materna, y ambas fueron monjas agustinas.

De la segunda mujer, Catalina de Irarrázabal y Andía, tuvo Juan Rodulfo nueve hijos, de los que siete fueron mujeres y dos hombres. Casi todos llevaron el apellido de Andía, pero la mayor de las mujeres llamábase Antonia de Velasco y Estrada.

La tercera mujer de Lisperguer fue Inés de Aguirre y Cortés, con lo que se añadieron dos apellidos más a los Lisperguer, Flores, Velasco, Betamberguet, Machado, Estrada, Irarrázabal y Andía, que llevaban los hijos de un solo padre. Diez apellidos en todo, según consta del testamento de Juan Rodulfo Lisperguer, de 10 de junio de 1691, ya en otro lugar citado.

Otro ejemplo:

El general Miguel Gómez de Silva, que fue presidente provisorio de Chile después de Menezes, casó en primeras nupcias con doña Catalina Verdugo, y de los nueve hijos que tuvo (uno sólo fue hombre con el nombre de Alonso Gómez de Silva) llamóse una, Sebastiana *Verdugo*, por su madre, y otra Isabel de *Morales* por su abuela. De su segunda mujer, Isabel Torrés de Chávez, tuvo otros seis hijos.

Practicábase también con los seres venidos al mundo otra ceremonia esencialmente pagana y eminentemente indígena de América, cuya barbarie no se extinguirá sino junto con la raza humana. Era aquélla la perforación de las orejas de las hembras, que hacía la matrona con un punzón agudo y que imponía desde el primer momento la señal de un triste destino. Los varones, sin embargo, habían escapado de algo parecido con pasar de hebreos a cristianos. A las mujeres se les sigue tratando como a la esclava antigua, o como a las indias del Cuzco, a quienes los conquistadores llamaban, por sus enormes aros, *las orejonas*.

quince en todo, pues tal era la proporción de la Colonia. —(Testamento de Miguel Gómez de Silva, otorgado en 11 de diciembre de 1660).

Nada hay, pues, más difícil que establecer la verdadera genealogía de los nombres históricos de la Colonia. El historiador Basilio de Rojas, por ejemplo, era hijo legítimo de Tomás de Osorio, y una hermana suya, que fue monja agustina, llamábase Ana María Osorio (Escritura de donación hecha a los jesuitas en 1750 por la citada monja y ratificada por el obispo Alday en 1762).

Por otra parte, las transformaciones de nombres no han dejado de ser comunes, como la de Ortiz, por ejemplo, en Calderón, la de Pereira en Albano, la de Dunose, en de Nös, y otros, aunque no por esto sea exacto lo que asegura una comunicación de Angol publicada en el diario *La República* del 7 de abril último, de que el apellido *Letelier* es una corruptela del de Lisperguer, ya extinguido.

Por lo que tiene de curiosa la transformación del apellido de Calderón, tal cual lo lleva la noble familia a que pertenece en Chile, vamos a copiarlo de un libro de heráldica: «Ortúñ Ortiz *Calderón*, dice el libro de genealogía de los Cerda (que así se llamaron por la *cerda* que le salió a uno de ellos en la espalda) era hijo de Fortún Sáenz de Salcedo, el cual (el Ortiz Calderón), recién nacido, por descuido le dejaron metido en una *caldera* de agua caliente, con el motivo de estar puesto todo el cuidado en la asistencia de su madre. Cuando volvieron la cabeza para envolverlo, hallándolo así, y admiraron verlo vivo, por lo que le pusieron el sobrenombre de *Calderón*».

El apellido de Saravia, rival en alcurmia de los Cerda y los Calderón, no viene de tan abajo, pues según el nobiliario de Diego Hernando de Mendoza (a fs. 269), el de Juan Francisco de Hista (a fs. 154) y el de Juan Buegas (a fs. 156), «trae aquél su origen de uno de los tres Reyes Magos que vinieron a adorar a Nuestro Señor Jesucristo al pesebre, que en lo antiguo se llamaba *Saba*, y corrompiendo el vocablo en España lo llamaron Saravia».

¡Tales y otras más absurdas eran las simplezas de las genealogías!

al mundo cuesta hoy lo que antes costaba una chacra mediana o una casa en los suburbios...

No parece propio de la crónica antigua el hacer mención de las novenas, mandas, *promesas* del hábito de la Virgen, preces a Santa Lufgarda y al San Ramón Nonato de nuestras abuelas, porque existen vivas las mismas prácticas entre sus nietas<sup>1</sup>. Y de aquí tal vez vendrá que haya todavía entre nosotros muchas gentes con caras de santos y que algunos pocos la tengan de palo, por el material de las imágenes. De todas suertes, lo que es un hecho indisputable es que nuestras matronas no tenían suspendidos en sus muros aquellos modelos heroicos que Anacharsis encontró en las alcobas de España; y, al contrario, sería de hacer apuesta y ganar que entre los chilenos de la Colonia por cada mil rostros masculinos calcados sobre los santos de Quito había un solo perfil lacedemonio.

Los *antojos* eran otra peculiaridad de las mujeres *interesantes* de la familia colonial. Desde el gran *antojo* de la Independencia, ya no se ha vuelto, empero, a hablar de aquellos ni de sus inevitables consecuencias. Los *nervios* y el *spleen* han reemplazado, cuando más, a aquellas tentaciones de Eva, que explican fácilmente la primera *barbaridad* de nuestro padre Adán...

<sup>1</sup>La invocación antigua de los *nomatos*, tal cual la rezaban las *primerizas*, decía como sigue:

*Vuestra madre ya fecunda  
Al octavo mes murió  
Y al tercer día le abrió  
Un lado, punta acerada,  
Por la herida ensangrentada  
Os sacaron prodigioso.*

#### CORO

*Sednos protector y guía  
Ramón Nonato glorioso.*

<sup>2</sup>Desde la manzana del Edén, hasta nuestros prosaicos días, no puede ocurrir que los *antojos* han degenerado considerablemente. El último de que hemos oído hablar es el de un señora de la calle Santo Domingo, «antojada de morderle el *coyote* a un fraile», y otra de tomar mate en la cavidad abdominal (*umbilicus*) de un pariente suyo sumamente barrigón... Y por ser esto auténtico, pedimos perdón a

### III

Respecto a la higiene de la alcoba y de la cuna, seguíanse reglas de una estrictez asombrosa, y por eso dicese todavía que las personas precavidas se cuidan a la *antigua*. Los cuarenta días eran inextinguibles. Para prevenir los efectos de las fiebres esenciales de la maternidad, ocurríase infaliblemente a las decocciones de malva y de borraja. El mate sólo podía beberse al segundo día, y en las dos primeras ocasiones se proscribía el azúcar y el polvo de la yerba, limitándose sólo a la infusión insípida de los *palitos*. Las flores y las aguas de olor eran arrojadas de la casa como sustancias malditas, y no se hacía una persecución menos leve al eco de la voz, sobre todo a la sorda vocinglería y al *jesúseo* de las amigas (expresión de *folabeche*), como a todas las mil extrañas modulaciones que el hábito de rezar y otros ejercicios menos cristianos suele dar a la voz de la mujer.

Mas, de lo que se huía como de la muerte, era del agua fría. Así solían las madres enviar de su propia destiladera el primer vaso de agua que debía tomar la hija convaleciente, y cuando ésta tomaba la canasta de costura por la primera vez, no se ceñía el dedal sin haberle antes calentado para evitar el contacto frío del metal. ¡Singulares contrastes! La india araucana, esto es, la mujer de la naturaleza, apenas deposita en el césped el fruto de su concepción, se sumerge en las aguas del próximo arroyo y ésta es toda su higiene y su única dieta. La civilización, no puede negarse, ha hecho del primitivo linaje humano una especie completamente diversa de la que todavía sirve de tipo natural a aquél, ni más ni menos como el conservatorio de los jardines de invierno ha mudado por completo la naturaleza de ciertas plantas.

Debemos todavía recordar que el precio de la asistencia profesional femenina en los casos a que nos referimos era de cinco pesos por el arancel de 1799. Treinta años más tarde, con la prosperidad de los trigos y de los vientres, la tarifa había subido a *media onza*, y desde que el ilustre Sazié creó la escuela de obstetricia en 1833, el honorario ha ido en tal aumento, que el precio normal entre las familias más ricas y fecundas es el de *dos onzas*. Por la primera ofrenda se añade una onza más. ¡Y así se quiere que el hombre no valga más de lo que valía antaño, siendo que su entrada

## IV

Nacida la criatura, se hacía con ella precisamente lo opuesto de lo que hoy acontece. Su bata de blondas era una abrigada mantilla ribeteada de cintas; su colchón de seda o de exquisito holán consistía en un pellejo de cordero bien lavado, y su cuna de bronce y brocado las más veces no pasaba de una *chigua* de mimbre atada entre dos vigas... Había excepciones y *guaguas* privilegiadas, pero aquel era el sistema general. Por lo demás, la vida infantil se pasaba en la recámara, que no era, según se cree hoy, la última habitación de la casa, sino, como su nombre lo indica, la pieza anexa a la cámara de los amos y donde la servidumbre vivía amontonada al alcance de su voz. En cuanto a campanillas, no había otra que la de los altares y la del esquilón de la queda.

Creían así los hijos de Santiago mecidos en brazos de las nodrizas indígenas del país, y de sus rudos labios aprendían antes que la lengua patria el quechua, y el araucano entre los *chirpes* y otras *cacas* quechuas; primicias de la vida que pasan después a servidumbres consuetudinarias de la máquina humana, ni más ni menos como las servidumbres reales de que habla el Código Civil, con la sola diferencia de que a aquellas no puede ponérseles demanda ni denuncia de *obra nueva*. El nombre mismo de *guagua* es una palabra indígena como el de *nana*, por los rasguños y pequeños granos de la infancia, y hasta el de *taita* aplicado a Dios mismo. El ser supremo de las cunas de Santiago es el mismo de la *ruca* de Arauco; y a la verdad, hasta para llorar, los chiquillos lloraban en indio, como que todavía la expresión más general de dolor es el *loyallai!* de los Incas.

## V

En lo que existía también una diferencia sustancial entre estos tiempos y los antiguos era en la prolongación de la infancia. Hoy termina el primer *penico* con la primera *gracia*; y ufanas las jóvenes

---

la quisquillosa puerilidad, además de que los escritores de costumbres suelen también tener sus *antojos*...

madres invaden con sus pimpollos los paseos, los teatros y hasta las iglesias, como suelen con frecuencia acreditarlo las gesticulaciones del oficiante en las misas a la moda, por la hora o por lo cortas. ¡Pobres abuelas de la precoz edad presente! En más dichosos días, la visita de un nieto era uno de los acontecimientos de su cumpleaños, un saludo de domingo, cuando más, en cambio de la *mercada*.

Hoy los salones y los patios de las casas grandes de Santiago parecen en cada jueves y domingo almácos de cabezas rubias. La enseña melancólica del siglo es ¡*ya no hay niños!*

El impúber antiguo era *guagua* hasta los tres años, y *criatura* hasta los diez. Y únicamente en esta fecha comenzaba a serle permitido tocar con tímida mano a la puerta de la sala paterna, y esto cuando le pedían una brasa de fuego para el cigarro en el salumador del estrado, o más comúnmente cuando restregándose los ojos venía reo del sueño y de la obediencia a tomar parte en el coro del rosario... Por lo demás, sus días, y en especial sus noches, se pasaban lúgubres y sombrías entre los monótonos quehaceres de la servidumbre, mitad africana mitad indígena, que constituía el personal de cada casa. Arauco y Congo eran los países limitrofes de la cuna de nuestros abuelos, y de aquí aquellas fantásticas tradiciones y espantables cuentos de espíritus, espectros, penitentes y ánimas aparecidas que todavía vienen a visitarnos alguna vez en las largas vigilia, como la sombra de una leyenda triste que meció nuestros primeros sueños. ¡Cuántos martirios ahorra hoy a la indefensa alma del niño el que su frente se duerma en el regazo de la madre! ¡Cuánto bien trae a los recuerdos el alejamiento solícito de esos seres crueles o simplemente estúpidos que no tienen de nodrizas sino una glándula húmeda!

La infancia tenía, sin embargo, en esos años un gran día: el de la primera compra de zapatos en la plaza un sábado por la noche. Como no había entonces veredas ni enlosados, el frágil cordobán del calzado hacía frecuentes las renovaciones, que eran baratasísimas, porque un remiendo de hoy vale lo que dos zapatos antiguos. El alboroto del mercado, las pruebas de canasta en canasta, los regateos de la madre, las manipulaciones de talón de las caseras, la competencia a gritos, todo daba un aire de fiesta a aquel ensayo; y luego el volver a la casa y a la escuela con *zapatos nuevos* era un



orgullo que no todos podían disfrutar. Porque es preciso no olvidar que en aquellos años eso del bastoncito, de la cadena del reloj, de los rizos del peluquero, de los *guantes de niños*, etc., eran cosas que ni en la imaginación podían consentirse. Al menos, del último aderezo no se conocía otra especie que el que se aplicaba con el cordel de la disciplina... Había también otro género de *guantes*, y éste consistía en una bolsa de tocuyo con galleta, en la que se metían las manos de los sarnosos, cuyo mal era tan inevitable en los niños antihigiénicos de la colonia, que tenían consagrada una oración: «*Cernícalo omnipotente, padre de la comezón, etc.*»

Debemos todavía añadir que la contraposición del *zapato nuevo* era lo que se llamó la *boya*, es decir, el derecho popular de hundir de un puñetazo el sombrero de los niños hasta enterrarlo en su cuello, pasatiempo de bárbaros que llegó a ser una costumbre nacional.

## VII

Cuando comenzaba a fluctuar en la mente de la débil criatura este tenue crepúsculo de la vida inmortal de los seres, que se llama el *uso de la razón*, salía de la lobreteza de la *escuela*, antro de ignominia y de terror, en cuyas duras bancas solía perderse junto con el reposo y la alegría, el *uso de la razón* misma.

Tiritando de frío, con un *mantelco* «crecedero» de mahón o diablofuerte, y chaquetilla de *duradera*, rompiendo la escaracha de las veredas con el cordobán de sus zapatos, y con un pañuelo de algodón para sonarse todos y por turno, enviábanse los niños cada mañana con la criada de razón o la *señora de la casa*, que este último nombre solía tener la decana de las amas secas y mojadas. Durante por todo desayuno un medio pan recalentado al *rescaldo*, y cuando eran dos hermanos, solían confiarles un pan entero con encargo al mayor de partiirlo fraternalmente. A dos de estos hermanos conocidos, sobrinos de una alta dignidad de la Iglesia, que en su madurez solía recordar, en ratos de íntima expansión, sus frecuentes cachetinas al salir por el zaguán disputando sobre el derecho de primogenitura, a cuál había de partiirlo, a virtud, sin duda, de aqué

principio de justicia arraigado en la criatura, de que hablan los moralistas y de que Esaú y Jacob, estos dos hermanos citados como modelo, dieron tan admirable ejemplo sobre un plato de lentejas...

## VII

Las escuelas descanzaban entonces como principio y como método en dos ejes capitales, el grito y el látigo. Mientras más fuerte deletreaban el silabario antiguo, y apuntando con un palito cada letra, cien o doscientos niños, y mientras más lejos llegaba el murmullo atronador de sus voces, más fama tenía el *maestro* o la *maestra*. El otro principio reposaba en este axioma, que era entonces una verdad inconcusa: *La letra con sangre entra*. El azote a raíz de las carnes era, pues, el castigo más usual, o más propiamente único, y como un día *cargaba* un alumno a su vecino y el último al siguiente servía para suspender a aquel sobre sus hombros, podía decirse que este era el único sistema de *enseñanza mutua* entonces practicado. Sólo durante los días de la República, como en su lugar lo anotaremos, vino a reglamentarse por un decreto de la Junta el uso del azote en las escuelas, que antes se aplicaba *ad libitum*, como en el día el agua *potable*. Limitóse su número a seis en casos usuales, y hasta *doce*, que era el *máximum* en circunstancias extraordinarias.

Tuvo la preeminencia de la fama sobre todas las escuelas anteriores a la Patria Vieja, la del célebre lego *mercedario* fray Antonio *Briccio*, que enseñó a leer a la aristocracia de Santiago en el gran refectorio de los Jesuitas, que hoy mismo, entre paredes ruinosas, sirve de local a una escuela práctica de artesanos. En el fondo y dentro de una vidriera, que la hacía sorda, guardaba el fraile una imagen de la Virgen de Mercedes, y nunca se supo que las hiciera por más que entre azote y azote la invocaran a gritos los infelices reos. El *parco* (cédula de perdón por futuras faltas) era casi desconocido en aquel recinto de lágrimas; fuera de que esta escuela, además de los bandos hostiles de Cartago y Roma, de que en otra parte hicimos mención, hallábase dividida en categorías de alcurnia y de dinero por la paga respectiva, siendo los de manta, de *segunda clase*. Sentábase éstos sobre sus mantas, de aquí tal vez el apodo de



*mantelistas* con que por escarnio los colegiales internos, o *pupilo*, saludaban a sus colegas de la calle. Sentábanse éstos en bancas separadas, y de sus filas salían los más sólidos *cargadores*, predilectos del inmisericordioso lego.

Había éste comenzado su enseñanza en los primeros años del siglo en una sala de su propio claustro, donde pusiera la cartilla en la mano y el látigo en la espalda a muchos de los próceres de nuestra revolución, entre los que se menciona todavía a los generales Aldunate y Gana y al coronel Latapiatt, quien debió a los azotes del fraile la hermosa letra con que todavía escribe. Pasó después a sueldo del cabildo, al refectorio de los jesuitas, ya recordado, donde se mantuvo hasta que, por una *visita de azotes* que escandalizó a todo el barrio, le suspendió, por el año de 1811, el regidor de escuelas don Ramón Ovalle y Vivar, que acertaba a pasar por la calle en que se oían los lamentos. Abrió poco más tarde su aula en el claustro que hoy ocupa el museo, y fue en esa época, o un poco antes, cuando colgó al vecino muro el *Nazarro* y otras imágenes, según ya dejamos referido. Tuvo aquí distinguidos discípulos, y entre éstos a los tres Martín (don Ventura, don Estanislao y don Francisco), habiendo antes azotado a su sabor a hombres beneméritos, que por su alta dignidad presente nos excusamos de nombrar.

Puso al fin queja contra él un hijo del marqués de la Fica (don Galo Irarrázaval) ante el Director O'Higgins por el año de 1821, y con este motivo fue desterrado a Talca. Regresó y abrió otra vez escuela en el claustro de San Diego, en 1828; pero acostumbrado el brazo al azote, hubo de suspenderle definitivamente en 1833 el gobernador local de la ciudad, don Miguel Dávila, a virtud del reclamo que interpuso una madre. Y de allí, a poco, murió (1835).

No era, con todo, el padre Briceño constitucionalmente cruel, y, al contrario, descubriría frecuentes rasgos de bondad. Pero era la encarnación de un sistema (como el de Lancaster o el de la enseñanza simultánea), el sistema de *la letra por la sangre*, y por esto azotaba sin misericordia. Tenía, además, la singularidad de no saber sino a medias lo que enseñaba, pero sabía enseñar, es decir, sabía azotar, y por esto sus discípulos hacían estupendos progresos. Cada azote era una página de sabiduría.

Por lo demás respetábanle los niños en todos los casos en que no les enviaba *al rincón!*, que era la expresión técnica del martirio, cuyo

único lenitivo permitido consistía en uno o dos restregones de la parte adolorida en la pared caliza y refrigerante del salón. Era sumamente ascado, y jamás se notaba una sombra, a no ser alguna mancha de sangre u otra sustancia menos noble, químico resultado del flagelo, en sus blancos hábitos. Tenía fama de desinteresado, y solía recibir en pago un poco de rapé, como el abate Molina en Bolonia. Daba *perros* o certificados de perdón por estímulo o afeción, y solía concedérslos también a los devotos del santo de su nombre, que a fe, por esto, no le faltarian, o a los que, según dijimos, encendían una vela al *Nazarro* de la Compañía. El *perro* simple era muy común, y solía comprarse entre los alumnos para los casos apurados hasta por real y medio. El *perro tibibis* (o el perdón doble) valía tres veces aquel precio, y el llamado *quocumque crimen* (o el perdón de todo delito) era sumamente raro. Queda la tradición de que sólo alcanzó tan gran merced un discípulo jubilado del terrible padre. Fue lo éste el distinguido calligrafo jubilado don Domingo Acevedo, quien, durante cuarenta años, estuvo poniendo en limpio en el Ministerio de Relaciones Exteriores todos los tratados y credenciales de la república.

Al padre Briceño sucedió en su claustro de la Compañía el conocido beato Cousiño, que azotaba con más dulzura que su antecesor, apretando el látigo a medida que desplegaba sus sonrisas. Era competidor del último en aquella misma localidad el no menos recordado *mestre Jarabrán*.

Pero el último y más genuino representante del látigo fué el famoso *cojo Ayala*, que acaba de morir, hombre crucifísimo, que azotaba por destajo y por manadas. Tenía éste, por fortuna, su aula de martirio en la calle travessada de la Merced (casa número 24), por donde solía hacer su camino a la misa conventual el ilustre don Manuel Salas; que vivía a la vuelta, calle de las Monjitas. Y oyendo un día (1833) la grito de los castigos, corrió desalado a la casa de gobierno, solicitó audiencia del Ministro del Interior, Tocornal, y obtuvo con este motivo el reglamento de escuelas, de que daremos cuenta oportunamente, inaugurando así la abolición del terrible letama de los antiguos: *la letra con sangre entra*.

<sup>1</sup>Datos del mismo señor Acevedo, del senador don Francisco Marín y del señor don Miguel Dávila.

## IX

Pasando a los juegos infantiles, que no eran en cierta manera sino cuentos en acción, distingúense aquellos en juegos domésticos, que se celebraban en el interior de las casas, o los que tenían por teatro la calle pública. Pertenecían a los primeros los que se llamaban y se llaman todavía de *las escondidas*, *la gallina ciega*, *el condeño sal de mi huerta*, *el obra esquina por ahí*, *el pimpión saraván* y otros infinitos en que por su extravagancia podría citarse el llamado *Ca-ti-ta-já*, o el hilo de oro por sus asomos de infantil poesía<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>El juego de la *Ca-ti-ta-já* comenzaba por un diálogo en que el jefe de una banda interpelaba al protagonista de la farsa, y corría aquél más o menos en estos términos:

—¡Ca-ti-ta-já!

—¿Qué manda Já?

—¿Cuántos panes hay en el horno?

—Veintún quemados.

—¿Quién los quemó?

—Petro Judas (o *P... judío*).

—¡Pues, que lo prendan!...

Y entonces era el correr de todos contra el *Ca-ti-ta-já* o Judas de la pantomima. El *hilo de oro* consistía en un diálogo en verso, de sabor evidentemente oriental, en que un pastorcillo pedía una hija a un personaje llamado *Hilo de oro*, y éste, rehusándola al principio, concedíala en seguida; y el Zagal la elegía entre las varias que le presentaban, en un grupo de chicleas fuertemente aidas entre sí por los brazos o las manos. Los principales versos decían más o menos como sigue:

—*Hilo de oro, hilo de plata*

*Vamos jugando el ajedrez*

*Que me ha dicho una mujer*

*Que lindas hijas tenéis.*

—*Que las tengo o no las tengo*

*Yo las sabré mantener,*

*Con un pan que Dios me dé*

*Y un jorro de agua también.*

—*Yo me voy muy enojado*

*A los palacios del rey.*

*A asustarlo a la reina*

*Y al hijo del rey también.*

## VIII

Junto con las primeras letras aprendían los niños todas las *travesuras*, artificios, *cuentos* y demás accesorios de ese verdadero *liber aureolus* de la infancia, que cada uno lleva escrito en letras im-percederas en los pliegues de su memoria. Era aquel un aprendizaje completo. Comenzaba por los cuentos unas veces espantables, otras amenos, destinados a conciliar el sueño, y que se escuchaban desde la almohada con profundo terror o indecible deleite. Eran los primeros generalmente *casos*, es decir, una especie de novela histórica, y los demás simplemente *cuentos*. En los primeros había de figurar forzosamente brujos, penitentes, duendes, ánimas, y por lo menos encantos, como el toro de las astas de oro, que algunos hacían salir en la medianoche de la laguna de Tagua-Tagua, otros de las de Aculeo, y otros de la de Bucalemu; o se limitaban a los subterráneos de los jesuitas, que ponían en comunicación los claustros de la Compañía con los de San Pablo y la Ollería. Los cuentos más usuales eran de aquellos que con tan agradable sencillez escribió Perrault y ha ilustrado últimamente con su prodigioso lápiz Gustavo Doré: *Barba azul*, *la María Cenicienta*, *El No loán...* y especialmente *Pedro Urdemales* y los *Doce pares de Francia*.

Era también peculiar de toda narración bien contada el comenzar con una especie de grotesco evangelio, en imitación tal vez de los murmullos en latín con que los predicadores introducen sus sermones, y la fórmula más común era la siguiente: *Para saber y contar y contar para saber; pan y harina para las monjas agustinas; harina y pan para las monjas de San Juan; pan y leche para el diablo chuche; pan y jabón para el diablo narigón*, y luego seguía una relación en que se repetía *este era* (un rey, una viejecita u otro mito cualquiera) innumerables veces, fórmula primitiva de todas las relaciones humanas, según lo observa el profundo lord Maculay en su estudio sobre Heródoto, este inmortal *contador de cuentos*. Excusado es recordar que todos los cuentos conclúan por *fiestas reales*, así como las novelas de amor están forzosamente destinadas a encontrar por desenlace un matrimonio. Y por esto último, sin duda, asegura que una bella aprendiz de literata, contando a una amiga el argumento del Numa Pompilio de Florián, aseguró a su amiga que Numa se había casado al fin con Pompilio...

De los juegos de la calle pública, algunos eran puramente indígenas, como la *chueca*, las diversas evoluciones que se hacían con los cocos de las palmas<sup>1</sup> y la *taba* de los carneros, especie de dados chilentos (¡que ojalá no hubiéramos tenido otros!), y de cuya destreza en tirarlas, en otra parte dijimos, saliera una cogulla de provincial y una mitra diocesana. Corrían parejas con éstas algunas otras diversiones, que aunque no heredadas directamente de los indios, habían sido adoptadas por ellos y sus descendientes, tales como las *chapas*, la *rayuela*, los *peres* y *nomes*, especialmente las apuestas al color de las pepas de sandía, antes de abrirla, que en un tiempo fue un verdadero frenesí, porque no había sandía que se partiera que no fuera una apuesta.

Pero los juegos verdaderamente nacionales eran la *pelota*, el *volantín* y el *trompo*. Importada la primera por los vizcaínos, en la mediana del último siglo, construyese en el sitio que entonces se llamaba el Basural un anfiteatro como los que se ven todavía en todas las ciudades vascongadas y como el que hizo construir en Lima Francisco Pizarro, de quien dice Garcilaso de la Vega, fue uno de los más famosos jugadores de su tiempo. Aun más tarde, los colegiales del instituto tenían un patio adecuado para ese ejercicio, que se llamó hasta hace poco la *Cancha de pelotas*.

Suelen todavía recordar en sus pausas de la mailla los viejos que entonces eran niños, el nombre de *Falucho*, como el del más eximio jugador de pelota que hubo en la cancha del Basural, y dicen de él que era un negrito ágil y esbelto que trajo de Lima, en calidad de asistente, el brigadier Osorio, el mismo que jugó a la pelota con la paciencia y el bolsillo de los chilenos desde 1814 a 1817.

En cuanto al *volantín*, más que un entretenimiento, era una pasión popular, una especie de palenque público que tenía por teatro el cielo y los tejados, por combatientes a todos los caballeros,

—Vuestro, vuestro postecillo,  
No seas tan decoroso...  
Que de las tres hijas que tengo,  
La mejor te llevaré, etc.

<sup>1</sup> Los principales de éstos eran el *pelmito*, al *tocor* y al *medir*; el *chudón*, que servía para jugar en las paredes de todas las calles; el *monón*, y otros que han llegado hasta nosotros, reemplazándolos no ha mucho los juegos análogos de las bolitas.

niños y rotos. La sociedad entera de Santiago, pues ni los clérigos por poltrones, ni las señoritas por tímidas, desdenaban correr a la rondana en los momentos solemnes de la *comisión*, ni tomar parte en la febril *chafaldara*. Un intendente bilioso dio por tierra con todas aquellas festividades que en ciertos días de guarda del verano solían poner en fermento la ciudad entera. Más tarde los carruajes del servicio público y en seguida el telégrafo y su red de alambres, han muerto para siempre en el corazón de Santiago aquel pasatiempo, que solía tener el aspecto, el sudor, hasta la sangre y la gloria de un combate heroico. Con todo, suele leerse, casi como un dulce anacronismo, entre el despacho por mayor de las aduanas, este nombre prestigioso —*papel para volantines*— acabo como el prestigio de una resurrección. Entretanto, los *volantines*, las *bolas*, las *estrellas*, los *berillitos*, etc., pueden desaparecer de las esferas; mas la deliciosa brisa de verano que les daba alas continuará soplando eternamente desde octubre a marzo para recordar a nuestros hijos cuál fue el más hermoso y el más querido de los entretenimientos de una generación más aérea que la nuestra.

En cuanto al *trompo*, los había de palo blanco, y eran mirados con desdén, porque no resistían sino al *quinto mano*. El héroe del quifo bravo era el trompo de naranjo del taller de José Marcos Ramírez, el mismo ingenioso maestro que como «fabricante especial de ferretos mortuorios», estos nuevos sastres de los muertos, ha hecho hoy una pingüe fortuna, pagando al fin temprano y sentido tributo a su invención. El *volantín* tenía también artífices especiales, y en los últimos años el que mejor los trabajaba diz que era el *chímbero* Lillo y el conocido sangrador Barrera. La gran dificultad de este arte aéreo era pegar el arco y después la proporción de los *trastes* y la *cola*. Por esto cuando un volantín agarraba una *bola de cola* y *tirantes*, la bola era perdida. No de otra suerte han agarrado ciertos hombres la república valiéndose de *hilo curado* y *media luna*, y después han tocado a *chafaldara*... Dióse también en llamar ésta la *pitata*.

De los demás pasatiempos, algunos eran puramente sociales, y como tales han pasado hasta nosotros. Consistían éstos en los *juegos de preteridas*, la *lotería*, el *ajedrez*, las *damas*, o pertenecían a las innumerables combinaciones de los naipes. De los últimos, los más usados como entretenimiento eran la *básiga*, la *mailla*, el *carga-*

burro, el tenderete, el tonto, etc., así como los acunados al vino, llamábanse la banca o el monte, importado de las minas de México, el paro y la primera. De esta última hablan con enfado los jueces de fines del último siglo, y en cuanto a los dados, hemos visto en otra parte que en los primeros años de aquel, ya se ponía en la cárcel de Santiago a un caballero porque no pagaba un deuda contraída por sus *erronas y suertes*.

Algunos juegos tenían un carácter puramente local y se extinguían a poco de haber nacido, como la *garrecha* y el *cordel*, que fueron en un tiempo grandes pasatiempos de colegio, hasta que no pocos perdieron un ojo clavado por la aguja de aquella (entre otros el ilustre Gandarillas), o en fuerza de la fatiga pulmonar que el todavía imponía a los que lo ejercitaban con exceso. Recuérdese todavía el dicho de un sencillo colegial, que llamaba *hipócritas* a los que saltaban con el cordel, tal vez porque había oído decir que Hipócrates en sus *Asforismos* recomendaba aquella práctica de agilidad.

Otros de estos entretenimientos eran del dominio exclusivo de esa especie de polilla vivá que brotó en gran manera de las veredas de Santiago casi junto con la independencia y que se llamó *los chiquillos de la calle*, que como el *gamin* de París, salido de las convulsiones de la revolución, no eran todos sino los aprendices del vicio y del delito.

Recuérdase entre los favoritos de aquellos el *money money*, que era una especie de conversación sostenida por medio de retruécanos asonantados, dichos de vereda a vereda, y que los muchachos iban repitiendo por cuadras enteras. Algunas de estas farsas populares tentan su raíz en los sucesos públicos, aunque por lo general carecían de sentido. A poco de Chacabuco cantaban, por ejemplo, los chiquillos de la calle, en forma dialogada, versos como el siguiente:

Zapato blanco  
La media oscura  
La culpa tiene  
El ciego Vera!

!El célebre don Bernardo, que era albino, y en consecuencia, corto de vista

Zapato blanco  
La media caña  
La culpa tiene  
Don Juan Egaña...

Hoy día la semilla del pilluelo de la calle y sus retoños han desaparecido bajo el zapato del paco. Pero no ha muchos años se ostentaban en todo su poder, porque nada se escapaba a sus silbidos, a sus apóstrofes y en casos apurados, a su piedra, casi siempre certera. Entre sus últimas víctimas se contaron Adalid Zamora, don Manuel Bretón, otra albina como Vera, llamada *la Damiana* o la *lechuza* y los *futres*. Su *posición social* era contada entre el saltador y el mata perros, porque en la retahíla de los más usuales insultos santiaguinos, decíase «cuchillero, *chiquillo de la calle*, mata perros». De esta última categoría hablaremos en la era de la independencia en cuyos días tocó a su apogeo y extinguióse, así como de los *Chimberos*, es decir, no los habitantes de ese honorable barrio, sino de los cuadrilleros a piedras de ambas bandas del Mapocho.

## X

De la escuela, los criollos llegados a la doble pubertad del cuerpo y del espíritu, pasaban a las aulas. De las aulas (que así se llamaban por cursarse generalmente sus estudios en los claustros de los conventos), iban a la Universidad o a la hacienda. No había alternativa. Abogado o campesino, huaso o doctor. Las profesiones liberales eran consideradas afrentosas. El comercio pertenecía a la clase media, excepto cuando se ejercía *por mayor*, aunque éste era privilegio de las canas. La carrera militar, según hemos visto, no había alcanzado jamás favor a orillas del Mapocho, y se hallaba desde la conquista relegada al Biobío<sup>1</sup>. Sólo la alfalfa y el latín, dos cosas

<sup>1</sup>La profesión militar, dice Carvallo (que era un capitán de fronteras, aludiendo a lo que tenía lugar en Santiago en los últimos años del pasado siglo), se ha hecho allí carrera de pobreza, y después de cuarenta o cincuenta años de servicio, se van los hombres a la eternidad dejando sus familias envueltas en la miseria y mendicidad. Con estos ejemplares a la vista, aun los mismos milizares apartan a sus hijos de la carrera, y si no tienen arbitrios para destinarlos a la de labradores o mercaderes, los inclinan al estado eclesiástico, y es lo más corriente para que no caigan en la red de la pobreza.

parecidas por lo que embrutecen y engordan, triunfaban, por consiguiente, sin rivales, y no había más posición, otro *porvenir*, como se dice hoy día, que el de calarse el rústico poncho o la toga de los pedantes. Por esto todavía la primera pregunta de porvenir que se hace a los niños es lo siguiente: «¿Qué quieres ser, abogado, clérigo o *casado*? El estado eclesiástico tenía también sus adeptos, como tenía *capellanías* y *casos*, pero tocaba ya los dinteles de su decadencia, de que hoy da signos de volver a levantarse<sup>1</sup>.

En el primer caso, el aprendizaje de *hacendado* (ardua ciencia de antaño) desaparecía por completo de las escenas sociales, porque la vida del campo se tomaba entonces *a la bruta*, y sólo venía de firme a la casa paterna cuando se le anunciaba que se le había elegido mujer. Tenía lugar este pequeño *rodéo* del dios Himené en su propia familia tocándole en suerte alguna de las más donosas y *sabiditas* de sus primas, después del *desecho* del hermano-doctor, que, como era de precepto, había de tener sobre el hermano-huaso

<sup>1</sup> La razón que se halla, decía el autor de un tratado inédito sobre la prepotencia del clero en la edad colonial y que copiamos en la biblioteca de Lima en 1860, es, ser los odores apoderados de los obispos y tener el estado eclesiástico, *épulsus*, *simos* *beneficios* y *patronatos* en que los odores acomodan sus hijos, y desde que están en las cunas de la infancia tienen dos y tres mil pesos de rentas en *servidus mayores*, *patronatos*, *beneficios de almas* y *electorias*. Y como V. M. no tiene en este reino *beneficios militares* que mantengan la vida de sus vasallos, precisamente se metra *todos al estado eclesiástico* y las riquezas de él se hacen fondos espirituales en campos y ciudades, que no sólo empobrecen lo comércios, sino a V. M., no fructificándole derechos todas las posesiones que se espiritualizan, y esta es una *inestupia* conquista que se hace sobre la soberanía de V. M. por sus mismos vasallos, un peligro que produce de la misma católica piedad y una *monarquía eclesiástica* que no tuvo su principio en la ambición de tan tanto estado, sino en la necesidad de no tener los vivientes sueldos militares y meterse por *farra* a clérigos y religiosos los que debieran ser famosos capitanes.

—Además de estos alicientes poderosos, solían recurrir las órdenes religiosas al *repto* de los neófitos de caudal o de las grandes familias coloniales para ilustrar con ellos sus chaustrros, según lo dejamos demostrado en el caso del padre Ovalle con los jesuitas y del padre Boza con los franciscanos. El último suceso de esta especie de que tenemos noticia es de un rapto hecho por el provincial de Santo Domingo, fray Manuel Ovalle, de un hijo del conde de la Marquina llamado Andrés Antonio del Alczar, que recibió el hábito de aquel prelado veinticuatro días antes de cumplir catorce años. Reclamado el niño por su enojado padre, el obispo Alzay lo mandó depositar en el convento de la Merced por decreto de 19 de octubre de 1761 (*Archivo de la Curia Eclesiástica*).

el derecho de primera elección. Recibidas, pues, las bendiciones, la novia montaba a caballo con su compañero y no volvía a ver las torres de Santiago sino nueve meses después, cuya visita se renovaba por perfodos más o menos análogos durante quince o veinte años. En cuanto a la *luna de miel*, era un astro que no se había descubierto todavía en el nebuloso ciclo de los enlaces coloniales. Nuestros abuelos no conocieron otra miel que la de cocos, ni otra luna que la del firmamento y los espejos.

## XI

Con relación a los estudios, que embecían durante ocho o diez años el ingenio y el tesón de los aprendices de la ciencia, hemos apuntado ya en varios pasajes de este libro algunas nociones capitales. Será, por tanto, suficiente que digamos por ahora que los que constituían la jurisprudencia tenían por base dos absurdos: era el uso el latín, esto es, el absurdo en el lenguaje; era el otro el *ergo*, es decir, el sofisma, que es el absurdo en la conciencia. Con tal preparación, no era de maravillarse la rifa cruda en que vivían y vivirán eternamente esas dos parcas del reposo humano —la *abogacía* y la *justicia*— concebidas tal cual se enseñan en los libros españoles y especialmente en los latinos. Era también un procedimiento no menos curioso de aquel sistema el que en la prueba final a que la Real Audiencia sometía a los aspirantes del foro, antes de entregales sus diplomas, debían hacer sus alegatos simultáneamente en pro y en contra de la justicia del caso legal que se les ponía sobre tabla (excelente método para sondear la ductilidad de las conciencias), empleando precisamente el latín, mientras que para la redacción de la sentencia, que debían pronunciar incontinenti, se les permitía el uso del español. Todo al revés, según parece, de lo que se practica hoy día, en que se aboga en español, pero se sentencia en latín...

<sup>1</sup> Autoconcordado de la Real Audiencia de 26 de marzo de 1778. Por esta misma disposición se exigían los años de práctica en el estudio de un abogado, los informes de *vidéo et munitus* y demás sandeces que rigen todavía y son el engorroso bautismo de los jóvenes doctores.



No había, en efecto, de mejor calculado para crear pedantes y majaderos en las letras, Iscariotes y Pilatos en las leyes, que la enseñanza colonial. El latín era rey. Todo lo demás era basura, y especialmente el castellano. Un *buen latinista* era un semidiós, y un profesor de gramática española un pobre diablo, vecino del maestro escuela, que era el tipo del pobre diablo verdadero entre aquellos doctores bárbaros, que creían que el Misal era el Cosmos y que presumían saberlo todo porque sabían las *símulas* de Santo Tomás y las *sentencias* del *sutil Escoto*. Los dos hermanos Luján, el clérigo González, el franciscano Basaguchasca, el insigne don Bartolo Mújica, que tenía su aula de latinidad en la calle de San Antonio, eran la envidia y la lumbrera de la colonia. El latín, semejante a las tinieblas de Egipto, lo tenía todo invadido, todo tapado de sombras, y parecíase además a las antiguas plagas en que ejercía su castigo sobre un pueblo esclavo. Todo se hacía en latín. Los responsos, las recetas, los certámenes, las humanidades, hasta los guisos, por lo que decían que había un *latín de cocina* y era el que hablaban los galopines de las aulas y conventos. La beldad misma se preciaba de pronunciar el *quis vel quid*; ya dijimos como la madre de los Carrera sabía el latín, que sus hijos no aprendieron. Cuéntase que no ha mucho una bella dama santiaguina, por ablandar el corazón de un padre que le negaba unos encajes, dijole un día suspirando:

*Triste est anima mea*

*Hasta que una manta vea...*

Y el buen doctor, que era diestro en las salidas, respondió auxiliado del ayudante a misa:

*Et quare conturbas me*

*Si sabes que no hay con qué?*

Otro chusco de la colonia (don José Trucíos) aseguraba que hasta los chivatos hablaban latín en esos años, porque cuando les desollaba vivos para hacer de sus cueros odres de aguardiente, él les había oído cantar el *mi-se-re-re-mi* bajo todos los tonos del canto gregoriano...

En cuanto a los hijos de los ganaderos de asta o cabrío, puede asegurarse que no sabían más latín que el de los chivatos.

*En la aula de un convento procuróse  
Que aprendiese a Nebrija de muchacho;  
Pero en llegando a quis vel quid estacióse,  
Sin poder digerir aquel empacho.*

*Al fin su sabio preceptor cansóse,  
Y recibió el alumno su despacho  
Para vivir cual viven tantos otros,  
Laceando vacas y domando potros.<sup>1</sup>*

Pero es lo cierto que la metafísica, este latín de las ideas, se estudiaba por el latín de Altieri, del abate Parra y del Lugdunense<sup>2</sup>; la lógica por el latín de Port Royal; el derecho español por el latín de Gregorio López; el derecho romano por el latín de Heineccio; el derecho canónico por el latín del Cavalario y del Bulario Magno; el derecho público por el latín de Santo Tomás; la teología por el latín de los Santos Padres, y, por último, el español mismo por el latín de Antonio Nebrisenis.

Júzguese por esto del saber, del criterio, del buen gusto, de las nociones siquiera de moral, de rectitud, de justicia que aquel hacinamiento de la semibarbarie antigua, echada como la concha de una tortuga sobre las sienes de un niño, debía producir. «Quite el rey, exclamaba con ira y convencimiento el ilustré conde de Aranda, cuando era embajador en París, al no menos ilustre Florida Blanca, ministro a la sazón de Carlos IV, quite el rey de las Universidades los nombres de Tomistas, Suarezistas, Escotistas (todos grandes teólogos latinos) y enseñe cada uno en nombre propio lo que quisiere, aboliendo los ergotes miserables, no hablándonos de *sentencias* que

<sup>1</sup>Sanfuentes. *El campesino*.

<sup>2</sup>Los jesuitas habían planificado también en Chile el curso de *filosofía escolástica* de uno de sus maestros más acreditados en Santiago, Miguel de Viñas, que escribió tres sendos volúmenes (edición de Génova, 1709, a expensas de la Compañía) divididos en tratados, controversias, exámenes y puntos, todo lo que ni el diablo que lo entienda, con más que era en latín. Miguel de Viñas era el mismo fraile que dijimos estableciera la escuela de Cristo, y no nos parece extraño que su texto tuviera boga desde que la tenía el de otro abate que se llamaba Parra.



nos han corrompido la sangre, las ciencias, el corazón puro y todo lo que hay que corromper.

Omitió el insigne político una palabra en su último período: la conciencia. Porque así como lo que hoy más daña el latín es el sueño y la paciencia, era entonces el más seguro torcedor de las ideas, de la verdad y de las leyes, pues los abogados hacían de sus marañas una eterna encrucijada, y desde allí mataban la justicia, algunas veces a los jueces, siempre a los litigantes.

La primera palada de la sepultura cayó sobre la frente del espectro destronado en 1810. Mantienes todavía ufano y en pie, con una inmensa diferencia, empero. Y ésta es la de que entonces era un poder y hoy sólo es una majadería, lo que quiere decir que el latín está intelectualmente muerto. Falta sepultarlo para que acabe de morir, como murió el colonaje.

Como eran los textos de estudio en las aulas, así eran los rarísimos libros de ciencia o literatura que venían a Chile durante el colonaje. La librería es una innovación casi contemporánea y enteramente revolucionaria, como la imprenta y la tribuna. Solía, allá por aquellos días de tinieblas, encontrarse sobre el mostrador de una tienda de lienzos (porque vidriera de ostenta no había, desde que no había vidrios) algún Kempis, algún Almeida o algún Sánchez. De *matrimonibus*, u otro manuscrito en pergamino, y era ésta la única forma en que se apreciaban los libros, porque de otra suerte se les juzgaba divorciados con la sabiduría, y tan cierta y arraigada era esta creencia en los espíritus, que un ingenuo sacerdote, cuya noble vida no hace mucho se extinguió (el evangélico don José Manuel Irrázaval, fallecido en 1843), aseguraba que no debía leerse sino aquellos libros que necesitaran de atril en folio, como los de los santos padres, o los de los juriconsultos y teólogos españoles. A todos los demás, de cuarto mayor abajo, llamábalos simplemente *quiltros*...

Sostenían otros que los libros sin pasta no tenían valor alguno y que su nombre de *a la rústica* significaba que sólo debían leerlos los labriegos. Un senador conocimos no ha mucho que rehusó aceptar la exactitud de una cita que se le presentó en un libro sin empastar, declarando que mal podía merecerle crédito una autoridad que no se había juzgado digna del becerro del encuadernador. Otro senador (que también es muerto como aquél) sostenía por su parte que

no necesitaba leer ningún libro, porque los había leído todos, y en prueba de ello citaba que sabía los mandamientos, que eran el resumen de toda la sabiduría humana. Este padre de la patria era el mismo que, cuando la guerra de Crimea, preguntaba si los rusos eran franceses o ingleses, y que citaba a cada paso como el máximo del saber al padre *frey José (Fejós)*.

La suspicacia española había alejado toda emanación de luz que convergiera a nuestras playas; y sabida de todos es la estratagemma con que el ilustrado papirico don José Antonio Rojas logró introducir algunas obras modernas en Santiago, poniendo nombres de autores ascéticos en los lomos. Otro tanto hizo no ha mucho un novel literato, que, hostilizado por su padre, un honrado chacarero de Santiago, por su afición a los libros en *fronco*, hizo creer que el *Thème Delavigne* era un *Traité de cultiver le vigna*, y así escapó el mancebo de una paliza y el libro de un auto de fe.

Por otra parte, el precio de los libros era enorme. Los jesuitas, a pesar de sus fabulosas riquezas, no nos dejaron sino tres o cuatro mil volúmenes en sendos infolios relegados hoy a la trastienda de la Biblioteca Nacional. El obispo Salcedo legó a aquéllos su *Ferminazo* en doce volúmenes y declaró en su testamento, hecho el 25 de enero de 1634, que tal obra, que regalada hoy sería inadmisiblemente por su peso, costóle la suma de dos mil patacones. Otro tanto acaso debió pagar por un ejemplar del *Derecho canónico gregoriano*, pues juzgólo digno delegarlo a uno de sus canónigos, aquel Jerónimo de Salvatierra que tanto intervino en las reyertas del obispo Villarroel y del deán de Santiago.

Además de empastados, para que los libros fueran buenos, era preciso que forzosamente estuviesen escritos en latín, y esta era otra causa efizacísima de la ignorancia supina de nuestros mayores y el origen del menosprecio que todavía se experimenta por los *romancistas* o los literatos que comenzaron a escribir en español.

Viene también, sin duda, de aquel precio imposible de los libros, el que los chilenos se acostumbraron a no comprarlos, y ésta, a la verdad, es una de las costumbres más inveteradas e incurables de nuestro grato suelo y de nuestra manera de ser esencialmente gratis.

como cosa sospechosa y vecina de la Inquisición o del infierno, sobre todo desde que Juan Fernández había sido juzgado en Lima como *brujío*, porque, mediante un sencillísimo cálculo del sextante, acortó en seis tantos el viaje redondo del Callao a Valparaíso. Por esto, desde Jinés de Lillo hasta don Juan José de Goycolea, el primero y último agrimensor del *obispado* de Santiago, todos nosotros ingenieros no tuvimos más instrumentos que una sogá, y por esto solían equivocarse en la mitad o algo más de las mensuras. ¡Cuánto en esto han cambiado las creencias! Unos pobres herederos de la aldea de Tabolango, nada menos, desde que vieron a los ingenieros del ferrocarril pasar por sus sembrados con sus teodolitos y banderolas, se empeñaron, allá por los años de Longomilla, en que un *aficionado* nombrado judicialmente para medirlés un córtijo había de practicar su operación con *instrumenta*. Fue, pues, preciso complacerlos, y como no había a la mano otro instrumento que una *jerínge nueva*, poniéndose ésta en el ojo el operante, y estirando la tripa con el brazo hasta la altura de la visual, quedaron los aldeanos altamente satisfechos de la exactitud y pagaron dos onzas de honorario...

No eran más aventajados nuestros mayores en el condimento de los instrumentos astronómicos, que, como los anteojos de larga vista, solía regalar algún *maestre de barco* a las familias que venían en el verano a Valparaíso. No ha muchos años, a la verdad, cuando el teniente Gillis puso su observatorio en la peña del Santa Lucía, nosotros mismos vimos desarrollarse a un aficionado la teoría de los eclipses de una manera tan sencilla, que habría de recomendarse a los cursos de lecturas populares, en tan justa boga hoy día. Decía el buen caballero que los eclipses de Gillis eran *patrañas de extranjeros*, porque los había todas las mañanas en Santiago, bastando para cerciorarse de ello el ponerse poco después de amanecer en la calle de Breton, interponiendo el Santa Lucía entre la vista del observador y el disco solar que asomaba en la montaña. ¿Podía ser más evidente la teoría de la interposición de la tierra? En lo único que el buen señor parecía equivocarse, era en creerse el mismo nada menos que un planeta y al cerro un simple satélite suyo...